

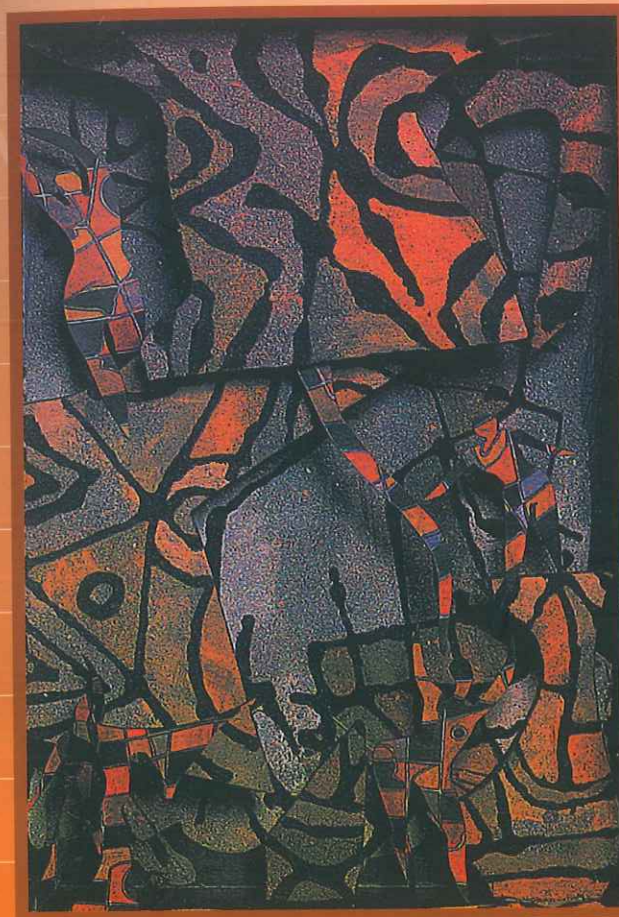
A contrapelo de la versión preponderante basada en el mito del progreso –ese mito que supone que la historia contemporánea se encuentra regida por la marcha de un proceso indetenible que sólo va hacia adelante trayendo consigo el bienestar económico y político–, este libro asume como un obstáculo para descifrar la complejidad de la crisis mundial actualmente en curso la definición que la reduce a una desestabilización importante pero puramente pasajera. Dotando de una plataforma común al amplio abanico plural de posiciones que lo integran, este texto se opone a la caracterización de la crisis global contemporánea como un acontecimiento de un significado histórico menor a la Gran Depresión del 29. Indaga la complejidad de la crisis capitalista mundial actual como un proceso muy profundo de alcances inéditos. Frente a esta complejidad, muestra que la persistencia de políticas de corte “neoliberal” o incluso de un corte más autoritario, conducen la historia contemporánea hacia la catástrofe generalizada y la descomposición social y política. Es un tiempo que exige alternativas transformadoras y viables. Sin duda, comprender y cuestionar la especificidad de esta crisis global constituye uno de los grandes retos que encara el pensamiento crítico comprometido en explorar alternativas y oportunidades en medio de una era atravesada de riesgos tan profundos como es ésta de inicio del siglo XXI. A esta comprensión crítica, con espíritu didáctico, se orienta *Para Comprender la Crisis Capitalista Actual*.



Fundación
Heberto Castillo
Martínez, A. C.

Para comprender la crisis capitalista mundial actual

Para comprender la crisis capitalista mundial actual



Julio Boltvinik

Coordinador

**Víctor Flores Oléa
Arturo Guillén
Gerardo Esquivel**

**Luis Arizmendi
Armando Bartra
Pablo Yanes**

Araceli Damián

Julio Boltvinik (coord.)

**Para comprender la crisis
capitalista mundial actual**



**Fundación
Heberto Castillo
Martínez, A. C.**

Coedición:

Partido de la Revolución Democrática

Fundación Heberto Castillo Martínez, A. C.

Viena no. 34

Col. Del Carmen, Coyoacán

México, D. F.

Profa. María Teresa Juárez de Castillo

Presidenta

Título original: *Para comprender la crisis capitalista mundial actual*

Dr. Julio Boltvinik (coordinador)

Primera edición: julio de 2010

© MMX

Partido de la Revolución Democrática

Teresa Juárez de Castillo/Fundación Heberto Castillo Martínez, A. C.

Edición

Marina Villagómez Moreno

Diseño de forros

Antonio Carmona Azuceno

Corrección de estilo y formación

Abril Castillo Cabrera

La Fundación Heberto Castillo Martínez agradece ampliamente al reconocido artista colombiano Santiago Rebolledo por facilitarnos el acceso a su pintura *El laberinto de los ilusos* para ilustrar la portada de este libro.

ISBN: 978-607-95029-5-9

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida, de ninguna forma ni por ningún medio, sea eléctrico, electrónico, químico, mecánico, óptico, magnético, de grabación o fotocopia, sin la autorización previa y por escrito de los propietarios de los derechos de autor.

Impreso en México · Printed in Mexico

Índice

Introducción. Para comprender la crisis 5

Julio Boltvinik

MESA 1

ORÍGENES, CAUSAS, DESARROLLO Y CONSECUENCIAS 35

La crisis del capitalismo (la era de Bush y el inicio de Obama) 37

Victor Flores Olea

La crisis global y la recesión mundial 45

Antecedentes inmediatos de la crisis global, 46. El desarrollo de la crisis financiera, 48. Hacia una interpretación teórica de la crisis, 55. El despliegue de la recesión generalizada, 69. Conclusiones y perspectivas, 76.

Arturo Guillén

MESA 2

ESPECIFICIDAD DE ESTA CRISIS: ¿SON VÁLIDAS LAS EXPLICACIONES MARXISTAS? 83

La especificidad histórica de la crisis mundial contemporánea ... 85

La crisis actual del mito del progreso, 85. La crisis o el colapso del capitalismo cínico, 89. La crisis mundial alimentaria y el colapso del capitalismo cínico, 93. La cuarta gran crisis de la historia económica moderna, 98. La crisis ambiental mundializada y sus principales desafíos, 108. Las nuevas epidemias de la vuelta de siglo y la crisis ambiental mundializada, 109. El sobrecalentamiento planetario y las tendencias de la crisis ambiental mundializada, 112. Soberanía y desmercantilización como principios de una estrategia transcapitalista, 117.

Luis Arizmendi

Sexto Sol 123

Fin de capítulo, 124. El fetichismo de la economía, 125. Entre la

abundancia y la escasez, 131. La madre de todas las crisis, 133.
Capitalismo rentista, 138. Recapitulación, 142.

Armando Bartra

La visión marxista de la crisis y la gran crisis del siglo XXI . . . 145

Introducción, 145. Teorías de las crisis de Marx, 147. Inevitabilidad de las crisis y esencia del capitalismo, 150. Keynes: el desempleo y recesión son 'normales', 153. Keynes: el empleo depende de la demanda efectiva, no del salario, 156. Keynes: centralidad de las expectativas de ganancias, 159. La teoría del estancamiento del capitalismo maduro, 162. Abrazo simbiótico entre tendencia al estancamiento y financiarización, 165. Un sistema social alternativo al capitalismo: no hay otro camino, 169. La adicción capitalista a las burbujas financieras vistas por Krugman y Soros, 172.
Recapitulación y reflexiones finales, 182.

Julio Boltvinik

MESA 3

CONSECUENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES EN MÉXICO 18

Efectos de las crisis alimentaria y económica en la pobreza (2006-2009) 18

Introducción, 189. El alza de los precios de los alimentos y la pobreza, 191. Crisis y pobreza en México, 192. ¿Cuál puede ser la respuesta y el panorama futuro?, 198. Algunas propuestas, 201.

Araceli Damián

La crisis económica internacional y su impacto en México . . . 20

La crisis económica mundial, 207. El impacto sobre México, 209. El diagnóstico y las propuestas de política, 213. Las recomendaciones de política, 214.

Gerardo Esquivel

Después del neoliberalismo: Hacia una nueva política social económica 21

Pablo Yanes

SINOPSIS CURRICULARES 2

Introducción

Para comprender la crisis

JULIO BOLTVINIK

Coordinador del seminario y de sus memorias

jbolt@colmex.mx

El seminario "La crisis capitalista mundial actual", organizado por la Fundación Heberto Castillo Martínez, A. C. se propuso examinar, en tres mesas redondas celebradas en el primer trimestre de 2009, los orígenes, la especificidad y consecuencias (en México y el mundo) de la crisis mundial iniciada en 2007. La primera mesa redonda se propuso explorar los orígenes y características de la crisis y en ella fueron ponentes Arturo Guillén y Víctor Flores Olea. La segunda mesa redonda se diseñó con la intención de explorar la especificidad de esta crisis y analizar la validez actual de las explicaciones marxistas. En ella participaron Armando Bartra, Luis Arizmendi y Julio Boltvinik. La tercera y última mesa tuvo como objetivo explorar las consecuencias económicas y sociales de la crisis mundial en México. En ella participaron Gerardo Esquivel, Araceli Damián y Pablo Yanes. En todas las mesas se pidió a los ponentes que procuraran explorar las alternativas de salida de la crisis. En la primera mesa el moderador fue Julio Boltvinik, en la segunda Pablo Yanes y en la tercera Luis Arizmendi. La reseña de sus contenidos se organiza, a continuación, en el mismo orden de las exposiciones y del contenido del presente libro de memorias.

El seminario transcurrió con una gran concurrencia de público que, ávido de entendimiento de esta crisis que a todos nos afecta y preocupa, dirigió numerosas preguntas y comentarios a los ponentes. Estas memorias recogen sólo las ponencias, pero como algunos ponentes revisaron sus textos para esta edición,

seguramente las enriquecieron a partir del diálogo con los asistentes. Algunas de las ponencias además fueron revisadas por sus autores para incorporar nueva información o un comentario que se les había quedado en el tintero.

Las ponencias son heterogéneas en varios sentidos. En su concepción y perspectiva proceden de destacados especialistas con formaciones y prácticas cotidianas diversas. También son variadas en su amplitud temática: mientras unas abordan de manera específica la crisis financiera-económica, otras miran el entorno político, ambiental y energético. Algunas han mantenido el formato leído en el Seminario, son de poca extensión y carecen de los formalismos de una ponencia académica, mientras otras son ponencias más largas y formales. Esta heterogeneidad enriquece el volumen y refleja tanto la pluralidad del Seminario como la complementariedad de puntos de vista.

La ponencia de Arturo Guillén se estructura en seis secciones y tiene como propósito, según indica su autor, “analizar los orígenes, causas y principales repercusiones de la crisis global” que comenzó a manifestarse a comienzos de 2007. En la sección segunda aborda los antecedentes inmediatos de la crisis: el auge de los años noventa (“la expansión cíclica más larga de la historia moderna de la economía estadounidense”) y el estallido de la burbuja en la bolsa de valores de los precios de las acciones de las nuevas tecnologías (Nasdaq) en 2000, que dio lugar a una recesión económica de muy corta duración. Guillén hace notar que la burbuja inmobiliaria, iniciada en 1997, fue parte del auge de los noventa y su continuidad (debida al “efecto riqueza” producido por el aumento de los precios de las viviendas), “salvó la economía”, hecho reconocido por Alar Greenspan. Guillén describe el impresionante aumento en el precio de las viviendas en EU entre 2000 y 2005, al doble de la velocidad experimentada en los años previos. Es decir, se aceleró el ritmo de inflado de la burbuja inmobiliaria, en parte como resultado de la política monetaria laxa seguida por la FED (Banco de la Reserva Federal, el banco central de EU) y por la creciente *financiarización* de la

economía promovida por la desregulación financiera que implicó el abandono del Acta Glass-Steagall vigente desde el Nuevo Trato de los años treinta, explica Guillén. Esta desregulación, si bien se inició en los años ochenta, culminó en 1999 cuando se legalizaron los *holdings* bancarios (grupos de empresas financieras de propiedad común de un mismo universo de accionistas) que pueden realizar todo tipo de operaciones financieras.

En la tercera sección el autor analiza el desarrollo de la crisis financiera, empezando por una cronología de la crisis inmobiliaria: el crecimiento en la cartera vencida de las hipotecas *subprime*, las caídas en la venta de viviendas y en el mercado de bonos y derivados vinculados al mercado inmobiliario,¹ y finalmente el estallido de la burbuja de la bolsa de valores que se había venido inflando por influjo de la burbuja inmobiliaria. Explica con gran claridad que el auge artificial había impregnado todo el sistema financiero y, por ello, fue afectado en su totalidad por el estallido de la burbuja inmobiliaria; también explica el carácter internacional de su inflado y estallido y, por ende, el carácter mundial de la crisis financiera y económica. Aunque el problema se originó en lo que Krugman llama el “sistema bancario sombra”, el sistema bancario tradicional, sujeto a regulación, también ha sido afectado, como explica Guillén. Advierte que las brascas bajas en las tasas de interés decretadas por la FED (banco central de EU), que también se han efectuado en otros países, conllevan el riesgo de deflación como el que vivió Japón en los años noventa. Señala que, en el transcurso de la crisis, la FED pasó de la cautela al pánico, lo que se manifiesta en las bajas de la tasa de interés hasta situarla en casi cero (siendo la tasa real de interés negativa), cambio que conllevó el tránsito de una política ortodoxa y cautelosa al comienzo de la crisis, a una “desbocada de salvamento del capital financiero, llevando al extremo la función del ‘prestamista de última instancia’”.

1 Estos instrumentos, explica Guillén, trasladaron los riesgos de los créditos inmobiliarios, diluyéndolos entre millones de tenedores de los mismos. Produjeron el “riesgo moral” al que se refieren Krugman (véase la ponencia de Boltvinik) y el propio Guillén más adelante.

En la cuarta sección, Guillén busca “las causas de fondo” de ésta, la más severa de las crisis desde la Gran Depresión, para lo cual estructura la sección en tres incisos. En el primero, acude a los autores de la escuela regulacionista (como Aglietta) y mira hacia la crisis de los setenta, considerada por esta escuela como crisis del modo de regulación y del régimen de acumulación fordista. Guillén la ve como una crisis asociada a la baja de la tasa de ganancia que llevó, como reacción, a un conjunto de transformaciones impulsadas por los segmentos más poderosos del capital y por los gobiernos para “hacer frente a los problemas de valorización del capital”; entre ellas, “una ofensiva de gran envergadura del capital contra el trabajo que aún continúa, para contrarrestar la baja en la tasa de ganancia”, sobre lo cual hay un amplio consenso entre los participantes del Seminario. Entre las medidas de esta ofensiva incluye la “instauración de un régimen de acumulación con dominación financiera” (o financiarización), que en la ponencia de Boltvinik aparece no como algo deliberado sino más bien como una “forma espontánea de keynesianismo privado”. Guillén explica que la financiarización “implicó un cambio cualitativo en la lógica de reproducción del capital”, según el cual la “esfera financiera predetermina la economía real y la somete a sus necesidades de rentabilidad de corto plazo”; el valor de mercado de las acciones pasa a ser el criterio de rentabilidad de la empresa, que queda sometida ahora a controles *a priori* cuando antes era controlada sólo *a posteriori*. En la esfera financiera la financiarización se caracteriza, añade, por la bursatilización (incluso de los bancos mismos), y por el papel creciente de la banca de inversión, los fondos institucionales y otros fondos privados. En el segundo inciso de la sección, Guillén sostiene que la crisis actual es una crisis de deuda-deflación “como lo han sido todas las grandes crisis financieras del capitalismo”, pero afirma que ahora la deflación abierta es contenida por la política monetaria y fiscal (por lo que le llama “deflación contrariada”):

Y se “manifiesta a través de periodos prolongados de estancamiento económico con la reproducción de estructuras financieras frágiles validadas con el uso de los mecanismos estatales anti-depresión”, como los programas de salvamento (compras estatales de bonos y derivados tóxicos).

Sin embargo, añade, no siempre se logra contener la deflación abierta: en marzo de 2009 “los precios al consumidor registraron una declinación de 0.4%, la primera desde 1955” en EU, y en agosto de 2009 “veintiún países registraron decrecimientos mensuales en los precios al consumidor”. Señala que, aunque a partir de marzo de 2009 se está inflando una nueva burbuja bursátil (que lleva ya un aumento acumulado de 64% en el índice mundial de bolsas MSCI), “está por verse si es sostenible”, pues es bueno recordar, añade, que las “bolsas tuvieron durante la depresión de los años treinta episodios pasajeros de optimismo, por algunas semanas o meses, para volver posteriormente de nuevo a la apatía”, y que “algo semejante ocurrió en Japón durante los años noventa”. Por otra parte, señala que “la crisis inmobiliaria representa *el colapso de la bursatilización y, en un sentido más amplio, de un régimen de acumulación dominado por las finanzas*”. Concluye, por ello, que las posibilidades de que EU repita la experiencia japonesa de estancamiento económico durante toda una década, están abiertas. Esto lo dice también de la siguiente manera: “Los peligros de que las principales economías caigan en la *trampa de la liquidez* son reales”, puesto que la “política monetaria ha llegado a sus límites, ya que la mayoría de los gobiernos han bajado las tasas nominales de interés a niveles cercanos a cero”. En el último inciso de la sección señala que el régimen de acumulación con dominación financiera lejos de brindar mayor estabilidad estructural elevó la fragilidad y los riesgos sistémicos de la estructura financiera, y que la crisis inmobiliaria representa el “desinflamiento de una burbuja (la inmobiliaria) que vino a ocupar el lugar dejado por la burbuja anterior de la nueva economía”. Sin embargo, Guillén no da el paso adicional, como lo hacen Foster y

Magdoff (véase ponencia de Boltvinik), de sostener la necesidad que tienen las economías capitalistas contemporáneas de estas burbujas.

En la quinta sección, Guillén describe lo que llama el “despliegue de la recesión generalizada” con datos del PIB hasta el tercer trimestre de 2009 y del desempleo hasta noviembre de 2009, para concluir que la actividad económica “se ha paralizado en prácticamente todo el mundo con una sincronía sin precedentes”. Oficialmente la recesión en EU tenía ya una duración de 20 meses, señala, haciendo de éste el ciclo depresivo más largo de la posguerra. En sus datos se aprecia que el PIB se contrajo durante 4 trimestres consecutivos con un pequeño rebote en el tercer trimestre de 2009 y que la inversión fija lleva ya siete trimestres de contracción continua. Guillén identifica que en el primer trimestre de 2009 se encontraban en recesión, con el criterio convencional (dos o más trimestres con descensos en el PIB), más de 20 países. La tasa de desempleo abierto en EU más que se duplicó entre febrero de 2008 y noviembre de 2009 (del 4.8% a 10%) y en la Unión Europea aumentó en 50%: de 6.7% a 10%. Todas las predicciones apuntan a que, aunque se recuperara la economía, el empleo no lo haría sino, en el mejor de los casos, mucho después.

En la sección última, Guillén hace una recapitulación. Señala que se trata de una crisis de deuda-deflación de un nuevo tipo que señala los límites de un régimen financiero basado en las obligaciones. Que la crisis tiene una repercusión severa en la economía que tardará años en recuperarse, concluyendo que, como el foco de la crisis se sitúa en Estados Unidos, amenaza el rol del dólar como divisa clave del sistema. Guillén señala que un largo periodo de estancamiento es el escenario más probable, conclusión que coincide con la de Foster y Magdoff, aunque no por las mismas razones. Guillén termina con una observación crítica muy aguda:

Si bien los programas anticrisis de los gobiernos han implicado la movilización de enormes sumas de capital para estabilizar los

mercados financieros y para contener la recesión, pareciera partirse de la idea de que una vez controlada la crisis mediante mecanismos keynesianos, todo volverá a ser como antes y el orden neoliberal será reestablecido sólo mediante ajustes menores. Los bancos y las corporaciones vuelven a las andadas y reanudan el carrusel de la especulación. ¡Business as usual! Ello revela que los gobiernos y el capital financiero no entienden o no quieren entender la naturaleza de la crisis.

La ponencia de Víctor Flores Olea es breve y no está dividida en secciones. Su autor comienza caracterizando el periodo de George W. Bush en EU como uno de “locura histórica”. A continuación señala que la profunda deshonestidad de Bush y la crisis favorecieron el triunfo de Obama en las elecciones, quien “implícita y explícitamente atacó el *laissez-faire* pregonado desde Reagan. Señala que, en opinión de muchos, la crisis actual es tan seria o más que la Gran Depresión: “La caída de Wall Street es al fundamentalismo del mercado lo que la caída del Muro de Berlín fue al comunismo”, dice citando a Stiglitz. De manera correcta el autor expresa sus dudas que esta crisis signifique el fin del fundamentalismo del mercado por las presiones de los beneficiarios del *status quo*. Cita a Stiglitz quien dice que no fue un error sino una cascada de equivocaciones las que condujeron a la crisis actual. Flores Olea menciona las siguientes: a) la permisividad de Alan Greenspan, quien al mando de la Reserva Federal permitió oleadas de liquidez, se retiró de la vigilancia de las instituciones económicas y alentó dos burbujas financieras: la de los *punto com* y la de bienes raíces; b) malos préstamos, complicados instrumentos y trampas que convirtieron al sistema financiero en un casino, mientras las autoridades “dejaron hacer, dejaron pasar”; c) la desregulación, que partió de la falsa premisa que el mercado y las instituciones se autorregulan, permitió una economía fundada en la especulación y en el traslado de la riqueza a unas cuantas manos;² d) la disminución de impuestos a los ricos, instrumentada

² Se pretendió que las instituciones se autorregulaban. Flores Olea expresa aquí la duda de si Obama, con un equipo integrado por varios funcionarios que estuvieron en

porque se pensaba que favorecería la inversión productiva, resultó un ingrediente más para favorecer la crisis porque contribuyó a la especulación; e) la tolerancia al maquillaje (fraude) contable en muchas empresas; f) caos en las decisiones de los últimos meses del gobierno de Bush, donde se practicó una discrecionalidad casi absoluta en el rescate de empresas. Después de esta enumeración, Flores Olea analiza una las condiciones para la recuperación, la nacionalización bancaria, señalando que la confianza perdida en los sistemas financieros será una de las mayores dificultades para la recuperación. Dice que tanto Stiglitz como Krugman sostienen que la nacionalización de los bancos es tal vez la mejor medida que puede tomarse, pues es una forma de salvar al sistema financiero sin otorgarles un regalo gigantesco a los accionistas de tales bancos.

En la segunda mesa se presentaron tres densas e interesantes ponencias. La de Armando Bartra tiene como trasfondo la bella cosmogonía prehispánica sobre los cinco soles que sirve para enmarcar la idea del fin de época al que hemos llegado y la necesidad de inaugurar el Sexto Sol, idea a la cual nos resistimos por nuestra visión lineal del tiempo alimentada por el mito del progreso: "El devenir concebido como ineluctable marcha en ancas del desarrollo científico-tecnológico hacia un orden de abundancia total y certeza plena". El mito del progreso y los axiomas relacionados (negación del pasado y fetichización del porvenir) firmemente remachados en el imaginario del capitalismo, dificultan que nos percatemos que vivimos una crisis civilizatoria inédita por sus múltiples dimensiones y su radical globalidad, dice Bartra. Al final de su ponencia, a resumirla, el autor señala:

La que inauguró el tercer milenio no es una crisis económica más, es un fin de fiesta, un cambio de época que se origina en estructuras profundas y de larga duración, una conmoción sistémica de múltiples y convergentes dimensiones por la que entramos en un período de inestabilidad y turbulencia presumiblemente prolongado. Porque los que se desfundaron no son sólo el entramado fi-
el origen de la crisis, será capaz de controlarlos.

nanciero, la producción y el mercado, también están exhaustos el modo de relacionarse con la naturaleza, los patrones de consumo y de urbanización, el modelo científico-tecnológico, el imaginario colectivo, la socialidad, la política, el Estado... [El desbarajuste actual es hidra de mil cabezas, dice en otra parte y luego añade que "el riesgo está en que la erosión que el capital ejerce sobre el propio capital oscurezca la devastación que ejerce sobre la sociedad y la naturaleza. ...que el debate sobre las contradicciones internas del mercantilismo absoluto relegue la discusión sobre sus contradicciones externas"]. Se esfuma igualmente el paradigma del progreso y con él la negación del pasado y la fetichización del porvenir que por un par de centurias nos tuvieron trabajando para la historia como quien trabaja en una fábrica. En un suspiro cósmico se consumió hasta la raíz nuestro modo de ser-en-el-mundo

En la sección 2, "Fetichismo de la economía", aborda a Marx, a Baran y Sweezy, a Rosa Luxemburgo. Critica los abordajes endógenos (de los que exculpa sólo a Luxemburgo) porque:

Pecan de la misma unilateralidad economicista. Cojera que comparten con el sistema, en tanto que éste es un mercantilismo radical. Pero la crisis es también y ante todo la crisis de una ruptura y una inversión por las que la esfera económica se autonomizó y se impuso sobre el resto de las relaciones sociales...es la crisis de la dictadura del valor de cambio sobre el valor de uso por la que hombre y naturaleza devinieron *mercancías ficticias*...es la crisis del avasallamiento del *hombre de carne y hueso* por el *hombre de hierro*. Y una crisis así demanda esclarecer las contradicciones *endógenas* del sistema económico en que se gesta, pero también y con más razón las *exógenas*: diseccionar el atolladero en que está metido el "valor que se valoriza" y dar cuenta igualmente de los problemas que aquejan al valor de uso: la devastación capitalista del hombre y la naturaleza.

A contrapelo de las tesis usuales, sostiene, en la sección denominada "Entre la abundancia y la escasez", que la crisis actual es crisis de escasez y no de abundancia:

Y es que el capitalismo contemporáneo no es un mundo de abundancia inicuaamente distribuida sino un mundo de escasez extrema y generalizada, un mundo donde el agotamiento de los recursos naturales y sociales –incluyendo el espacio y el tiempo– ya no afecta sólo a los pobres sino también a los ricos, un mundo donde la amenaza de extinción pende sobre la propia especie humana.

En la sección “La madre de todas las crisis”, enumera seis “pústulas”, seis crisis: desorden climático, petróleo caro, guerras, hambruna, éxodo y depresión económica que:

Remiten a la factura profunda –ontológica– del modo capitalista de producir; al pecado original del absolutismo librecambista consistente en que, como un Midas del código de barras, todo lo transforma en mercancía, incluso al hombre y la naturaleza –que proverbialmente no lo son– pero también el dinero que es un medio de cambio y no un producto entre otros.

Dicho esto, en el resto de la sección analiza cada uno de los seis flagelos. También en sentido contrario de lo usual, Bartra sostiene (sección “Capitalismo rentista”) que, aparte de los seis flagelos, una fractura “mayor y transversal al sistema es el *carácter progresivamente rentista del capitalismo*”. Ejemplifica con el petróleo, la mayor parte de cuyo valor es renta, a la que define como “la forma que adopta en el mercado el beneficio económico que le genera al capital el empleo productivo *de un bien natural escaso y diferenciado...* tierra, agua, aire, biodiversidad, recursos del subsuelo, franjas del espectro electromagnético, ubicaciones privilegiadas”. Concibe la renta como “epifenómeno de la escasez, cuando ésta se presenta en el contexto de la producción capitalista”. Para reforzar su tesis de la escasez radical que produce el capitalismo, afirma que “hoy son escasos recursos naturales que hace 200 años parecían inagotables”. Sobre este punto analiza el pensamiento de David Ricardo, quien en su opinión desarrolló la concepción más penetrante sobre la renta. Concluye:

La renta no es una perversión ocasional, un sobrelucro infrecuente y marginal. Estamos rodeados de rentas por todas partes...un sistema que debía sustentarse estrictamente en la acumulación de plusvalía generada por la inversión productiva, no sólo reproduce sino que amplía las fuentes de ingreso de raigambre precapitalista sustentadas más que en la aplicación de capital en la apropiación de recursos escasos... el capitalismo realmente existente se reveló como un sistema rentista donde la inversión productiva es un medio para realizar las rentas y en especial para incrementar las diferenciales.

El texto es muy original y sugerente. Sin embargo, deja fuera la renta más importante: la del dinero, intereses y otras formas de ganancias financieras, como puede apreciarse en las ponencias de Arturo Guillén y de Julio Boltvinik. Al final de su texto, Bartra mira hacia adelante:

Necesitamos paradigmas alternos, necesitamos jubilar al capitalismo y despedir a sus acólitos, necesitamos desguzar al ‘autómata animado’ y fundir al ‘hombre de hierro’, necesitamos airear o de plano reinventar el Estado, necesitamos zurcir el tejido social que traemos luidito y muy deshilachado. Y todo esto lo necesitamos no para ser libres, sabios, opulentos y felices sino simplemente para seguir vivos. Basta de prometer las perlas de la virgen al triunfo de ‘la revolución’; lo inmediato es parar el ‘molino satánico’ desbocado, después, ya veremos.

En ese estilo informal que lo caracteriza, continúa diciendo:

Todo indica que llegamos a un fin de capítulo en la gran narrativa histórica. Entre zapatazos y abucheos concluyó una de las fases más desmecatadas del capitalismo, y el mercantilismo absoluto está exhausto. La gran pregunta es quién pagará los platos rotos. Quién recogerá el tiradero dejado por un orden torpe y atrabancado que en su corta vida hizo incontables destrozos sociales y ambientales. Si el malcriado la libra con un zape, el costo correrá por nuestra cuenta y lo más probable es que vuelva a las andadas. En cambio, si se nos ocurre pronto un modo de producir que no se le hincue a las ganancias y nos animamos a ensayarlo, seguramente el precio será menor y el futuro más soleado.

Y en el párrafo final anuncia el Sexto Sol:

Los de antes estaban en lo cierto: la historia es una narración integrada por capítulos sucesivos. Y el nuestro terminó. En cambio, me parece que los antiguos andaban errados al dejar en manos de los dioses la autoría de la novela. Los *Nanahuatzin* del tercer milenio no están en el olimpo, están entre nosotros. El sexto sol está a las puertas, pongámosle título al nuevo capítulo y empecemos a escribir.

En su ponencia Luis Arizmendi señala que “la crisis contemporánea es la crisis más compleja, de mayores alcances y riesgos de la historia moderna” y que llegó a contrapelo de la euforia que acompañó el crecimiento de fin de siglo XX y primeros años del XXI, que había sido “exacerbado como el símbolo de un nuevo capitalismo que, al globalizarse con el neoliberalismo, llegaba para vencer y dejar atrás la repetición cíclica de las crisis”. En el discurso convencional, agrega, el desarrollo del poder planetario, con sus efectos depredatorios del mundo social y natural, ha sido y sigue siendo sistemáticamente objeto de una inversión con la que se le recubrió bajo la ilusión de un progreso económico y social presuntamente indetenible”. Arizmendi añade que la teoría crítica se vuelve imprescindible ante la crisis radical de nuestro tiempo, y que superando la supuesta caducidad que le habían adjudicado el posmodernismo y el pensamiento único, la vigencia de la teoría crítica de Marx en el siglo XXI sale a relucir. En las crisis, de modo cada vez más esquizoide se entrecruzan progreso y devastación, dice Arizmendi, pero es evidente que este entrecruzamiento es aplicable al capitalismo en todo momento y no sólo en las crisis. Y hace explícito un rasgo que está implícito en el texto de Bartra: “Sin dejar de ser efectivos los adelantos de la técnica moderna, otras trayectorias enteramente posibles de desarrollo tecnológico son bloqueadas” para hacer prevalecer las trayectorias que sirven al poder planetario que no se detiene ante la devastación social y natural que produce. Es porque con ello pone en riesgo los fundamentos sociales y naturales

mismos de la civilización, que la crisis actual es caracterizada, brillantemente por Arizmendi, como crisis epocal que se conforma, y en ello, dice, consiste su especificidad, por tres crisis disímiles que se yuxtaponen: 1) el colapso de la configuración neoliberal de la mundialización capitalista; 2) la cuarta gran crisis de la historia del capitalismo moderno, y 3) la crisis ambiental mundializada.

En la segunda sección, Arizmendi sostiene que la configuración actual del capitalismo no es neoliberal, porque para él (siguiendo a Wallerstein) la configuración liberal actuaba como contrapeso de la violencia económica anónima inmanente a la acumulación capitalista, impulsando la elevación del estándar de vida de la población e introduciendo procesos electorales (no democracia, porque en realidad se trata de un simulacro para rotar el poder entre diferentes grupos de la clase política funcionales al poder empresarial). Por ello el nombre neoliberal le parece un eufemismo y lo sustituye por el de *configuración cínica* que es aquella que deja operar sin restricciones al *laissez faire laissez passer* para hacer del mercado la entidad que define los heridos y los muertos y usa la fuerza del Estado para trasladar la fuerza de mando a los capitales privados.

Aunque para muchos de nosotros el *dejar hacer, dejar pasar* es el lema del liberalismo por excelencia, la clasificación de configuraciones capitalistas que presenta Arizmendi (que incluye la fascista) es muy sugerente como lo demuestra el siguiente texto con el cual concluye esta sección: “En la medida en que el cinismo constituyó una configuración que desmontó múltiples restricciones anteriormente existentes, por un lado abriendo amplios procesos de privatización... por otro instalando agresivos procesos de subordinación de las naciones al mercado planetario, esta forma de funcionamiento propició desregulaciones de tal alcance” que impactaron negativamente el proceso de reproducción social que se expresa en la crisis mundial alimentaria y la mundialización de la pobreza, aspectos que el autor analiza en esta misma sección. Arizmendi enmarca su análisis de la crisis alimentaria en lo que identifica como las tres configuraciones de la economía mundial alimentaria presentes en

el último siglo. La segunda de ellas, el predominio mundial de la agricultura de EU, se basó en “el desfinanciamiento estratégico del campo en casi todos los países subdesarrollados” combinado con enormes subsidios a la producción cerealera en EU, constituyendo así la hegemonía de EU y la subordinación y dependencia alimentaria del grueso de naciones.

La crisis alimentaria, por tanto, concluye el autor, es el tránsito de la vulnerabilidad al hambre, no porque estas naciones no cuenten “con la capacidad productiva para autoalimentarse, sino porque sus capacidades económicas son cínicamente refrenadas para garantizar la apropiación de ganancias extraordinarias en beneficio de las corporaciones transnacionales”. Está en curso, como reacción, una nueva configuración alimentaria mundial cuyos rasgos desconocemos.

La mundialización de la pobreza revela, dice Arizmendi, el profundo impacto generado por el cinismo histórico, lo que ilustra con muy impresionantes cifras de un trabajo reciente de *Hábita*: (el organismo de las Naciones Unidas que se ocupa de la vivienda y su entorno) que argumenta con fuerza que el neoliberalismo ha incrementado la pobreza urbana, que existen alrededor de 250 millones de áreas urbanas hiperdegradadas (*slums*). Apoyándose en este estudio, Arizmendi argumenta que la liberalización internacional de flujos de capital y mercancías que excluyó a la fuerza de trabajo llevó a una drástica reducción de la tasa salarial internacional y la formación del ejército de reserva más grande de la historia moderna. Y concluye señalando que los *slums* son la “concreción histórica de esta forma epocal [la configuración cínica del capitalismo] “porque incluso con crecimiento económico el capitalismo de la vuelta de siglo produjo el mayor ejército internacional de reserva de su historia”, tendencia que se agudizará enormemente con la crisis.

Al concentrar la mirada en los *slums* y en el creciente desempleo en ellos, Arizmendi pone el dedo en la llaga del drama creciente de desempleo en el mundo, pero en términos de la mundialización de la pobreza deja fuera la creciente pobreza rural que ponen de reli-

ve su propio análisis de la crisis alimentaria, y el de Bartra sobre la crisis del modelo capitalista de agricultura y el éxodo que genera.

Retomando el análisis de Marx sobre las tasas de plusvalía y ganancia y la composición orgánica del capital de manera implícita, en la sección 3 de su ponencia aborda la crisis actual a la que llama la 4ª gran crisis del capitalismo, y encuentra el problema de fondo en que la “modernización tecnológica desarrolla la tendencia hacia la automatización total del proceso productivo y que el capitalismo imperiosamente tiene que imponer una tendencia inversa a mantener artificialmente a los trabajadores en la producción para garantizar su aprovisionamiento incesante de plusvalor, porque de otro modo padecería su muerte”. Y añade: “Porque para la modernidad capitalista es una necesidad imperiosa impedir que la historia económica arribe a la automatización total del proceso productivo, es que necesariamente tiene que entremezclar progreso y devastación”. Arizmendi ve una relación estructural histórica entre la modernización tecnológica y las crisis en el capitalismo. Aunque es sumamente esclarecedora, ésta es una tesis para debatir, ya que, como todo intento de simplificación teórica, tiene el riesgo del reduccionismo. Arizmendi describe brillantemente los rasgos esenciales de la 4ª Revolución tecnológica que hace posible la mundialización y desemboca en la crisis actual. El autor sostiene que el hecho de que en la crisis actual se yuxtapongan la crisis del capitalismo cínico y la 4ª gran crisis del capitalismo, le otorga una complejidad particular que es parte de su especificidad. El decrecimiento económico, el aumento del desempleo mundial, la represión salarial, la disminución drástica de las remesas y el retorno de los migrantes, señala, constituyen efectos propios de la 4ª gran crisis que se vienen a sumar a los productos del capitalismo cínico antes descritos: la mundialización de la pobreza y la crisis alimentaria.

Arizmendi cita datos del altísimo nivel de desempleo juvenil que prevalecía en el mundo antes de la crisis y comenta que esto y la pobreza de la mitad de la población mundial, explican la transición epocal retrógrada consistente en la *mundialización de la economía*

criminal. Volviendo a la necesidad de destruir y devastar del capitalismo actual para contrarrestar la modernización tecnológica, Arizmendi analiza en detalle el riesgo de guerras adicionales. Considera que la tendencia nekeynesiana ha alcanzado un triunfo por el momento contra la tendencia neofascista, la otra fuerza en pugna ante la crisis. El desenlace de la disputa entre estas dos tendencias definirá, concluye Arizmendi, la forma de la mundialización capitalista en el siglo XXI. Acontecimientos recientes, posteriores al escrito de Arizmendi, parecen mostrar, sin embargo, que la tendencia nekeynesiana que Obama encabeza (su reforma al sistema de salud, por ejemplo) se presenta sin cambios en la política de dominación internacional, ejemplos de lo cual son la permanencia en Irak, el envío adicional de tropas a Afganistán y el apoyo semioculto a un golpe de Estado en Honduras.

En la cuarta sección de su trabajo, Arizmendi aborda los desafíos de la crisis ambiental mundializada. Se trata de un tema que el autor ha trabajado en detalle en escritos anteriores, a los que ahora agrega la presencia de las nuevas epidemias (gripe aviar, síndrome respiratorio agudo severo, Sars, y la influenza AH1N1), cuyo origen principal ubica en la producción industrial capitalista de aves y puercos. Sobre el sobrecalentamiento planetario, alerta sobre el peligro mayor de la liberación de las reservas de metano del Ártico y de otras zonas de congelamiento permanente (*permafrost*), liberación que ya está en curso y que se genera por el propio sobrecalentamiento planetario. Lo alarmante es que el metano liberado explica, tiene un efecto de sobrecalentamiento 30 veces superior al de CO_2 . También explica que al derretirse la capa de hielo, su poder para reflejar el calor solar (lanzándolo de regreso a la atmósfera) se va perdiendo. Arizmendi considera que el capitalismo tiene, en principio, la posibilidad de reestructurar su patrón energético hacia una modalidad posfossilista, ya que no existe simbiosis necesaria entre el capitalismo y el fosilismo. Sin embargo, concluida la cumbre mundial de Copenhague, los hechos apuntan más bien a que los líderes capitalistas mundiales actuarán cuando ya el desastre sea inevitab-

arrojando dudas sobre la frase de Arizmendi: "El nekeynesianismo en el campo ambiental...está teniendo con Obama un impulso genuino".

La ponencia de Luis Arizmendi concluye con una sección en la cual explora "críticamente la encrucijada de nuestro tiempo". Abre la posibilidad de una transición que trascienda al capitalismo ya que, en términos negativos, la crisis actual ha puesto en el escenario la *necesidad* de un profundo cambio histórico y que, además, en términos positivos, existe hoy "la capacidad material para volver realidad medidas de respuesta inéditas ante la crisis". Se requieren "formas de [lucha] anticrisis que hagan valer anti y transcapitalistamente principios de seguridad de la reproducción nacional e internacional". Entre ellas destaca el proyecto del Ingreso Ciudadano Universal (ICU) que forma parte de las medidas que concretan "el principio de la desmercantilización", que "garantizan la reproducción vital de la sociedad desestructurando la mediación del mercado". Como bien señala el autor, el ICU contribuiría a lo que Esping-Andersen ha llamado la desmercantilización radical, que consiste en quitarle el carácter obligatorio a la venta de la fuerza de trabajo: "para los dominados modernos, dice Arizmendi, el ICU instalaría un cierto grado de independencia económica ante el capitalismo, garantizando su sobrevivencia al margen del reconocimiento de su capacidad laboral como capitalistamente necesaria". Y añade: "Cimbrando las relaciones de poder tanto entre clases como interpersonales, edificaría una plataforma inédita para desarrollar la soberanía social". "Desde las formas germinales de desmercantilización, se puede apuntar a generar y edificar la comprensión y la lucha histórica por formas desmercantilizadoras de la reproducción social más avanzadas", señala, concluyendo que "semejante conquista exige invariablemente una lucha por la defensa de la soberanía nacional que se articule con la construcción de una soberanía internacionalista transcapitalista". A pesar de la pluralidad de enfoques del Seminario, hay aquí un amplio consenso, pues también en las ponencias de Araceli Damián, Pablo Yanes y Julio Boltvinik, se

propone la implantación del ICU como una salida anticrisis y como una medida de transformación social.

Julio Boltvinik, en las secciones 2 y 3 de su ponencia, reseña e análisis de Marx de las crisis capitalistas, recordando que se centró en la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y en la ley de las dos caras, la cual establece que, ante la primera ley, el capital hará todo lo necesario para (a pesar de ella) aumentar la masa de ganancia (lo que requiere que aumente la fuerza de trabajo empleada), lo que lo obliga a buscar la máxima tasa de acumulación y a expandirse geográficamente. Señala que Strachey derivó de lo anterior el “dilema básico del capitalismo” que hace inevitables las crisis capitalistas: el dilema entre ganancias o abundancia en el cual “los salarios son al mismo tiempo demasiado bajos para causar un exceso de oferta y demasiado altos para disminuir el ritmo de acumulación”. Esto último es lo que ocurrió en los años setenta, como lo apuntan varios ponentes. Strachey, dice Boltvinik, no previó que la baja en la tasa de ganancia habría de producir no sólo una severa crisis, sino la contrarrevolución capitalista que perdura hasta nuestros días. Termina el análisis de la concepción de Marx recordándonos que éste enuncia la paradoja que cuando el capitalismo cumple cabalmente su propósito genera más capital (plusvalía) que el que puede ser invertido sin disminuir la masa de ganancias, revelando las contradicciones del capitalismo y su carácter histórico transitorio.

En las secciones 4 a 6, Boltvinik examina la *Teoría general* de Keynes destacando que este autor destruye los argumentos de la Ley de Say (“la oferta crea su propia demanda”), socavando dos mitos de la teoría neoclásica: la de la tasa de interés como el precio que equilibra el ahorro y la inversión y la de los salarios como el precio que equilibra la oferta y demanda de (fuerza de) trabajo. Al derribarse estos dos mitos, continúa, y al sustituirlos Keynes por la tesis de que el nivel de empleo depende de la demanda efectiva y que la inversión está determinada, a corto plazo, por las expectativas de ganancias (la eficiencia marginal del capital *esperada* deb

ser mayor que la tasa de interés para que se invierta en un nuevo proyecto), el pleno empleo deja de ser el único punto de equilibrio de la economía y cualquier nivel de empleo se vuelve posible. El capitalismo no se autorregula y la intervención estatal se vuelve indispensable, concluye Boltvinik.

En las secciones 7, 8 y 9, Boltvinik aborda el análisis que de la crisis actual llevan a cabo los neomarxistas Foster y Magdoff (seguidores de Baran y Sweezy) que vaticinan un estancamiento prolongado de la economía norteamericana y mundial, a las que caracterizan como *capitalismo monopolista financiero*. Son marxistas, dice, por su postura radical que sostiene que el capitalismo debe ser sustituido por otro orden social más justo y menos contradictorio, pero en términos económicos sostienen que el predominio de las grandes empresas, que pueden determinar sus precios de venta, invalida la teoría del valor de Marx y sustituyen la categoría de plusvalía con la de excedente económico, por lo cual el apelativo de neomarxistas le parece adecuado. Estos autores, dice Boltvinik, también se apoyan en el papel contradictorio de las finanzas en la economía capitalista que tiene sus raíces en Keynes y Minsky. Éste postuló, desde los años ochenta, la tendencia a las burbujas financieras que apilan deuda sobre deuda y que estallarán inevitablemente, así como la dependencia de la economía del banco central como prestamista de última instancia. A diferencia de los regulacionistas, que atribuyen las crisis actuales a la financiarización, pero no comprenden el origen de ésta, los neomarxistas lo explican por la tendencia al estancamiento del capitalismo monopolista: la financiarización es un mecanismo (ahora más importante que el gasto militar) para mantener a flote esta economía monopolista, fenómeno al que llaman “abrazo simbiótico entre estancamiento y financiarización” y que Boltvinik caracteriza como “keynesianismo privado espontáneo”. La conclusión de los autores es tajante y fuerte: “No hay posibilidad que el sistema en esta etapa de su historia [...] pueda absorber vía la inversión productiva, el enorme excedente que ha alimentado la explosión financiera. Simultáneamente, el proceso

de financiarización mismo está en crisis. El prospecto más probable, por tanto, es un estancamiento profundo y prolongado". Esto los lleva a sostener, con lo que concluye Boltvinik, que "si la meta es avanzar las necesidades de la humanidad como un todo, el mundo tarde o temprano tendrá que acoger un sistema social alternativo a capitalismo. No hay otro camino".

En la sección 10 Boltvinik se refiere a dos autores dispares: Pau Krugman y George Soros. Muestra como también Krugman analiza las burbujas financieras como mecanismo para evitar la recesión e iguala la ruptura de la burbuja a un pánico bancario sólo que en este caso de lo que llama *sistema bancario sombra* que no está regulado y que llegó a ser más grande que la banca regulada. Krugman piensa que la no regulación del sistema bancario sombra es la causa de las burbujas (de estallido inevitable) y, por tanto, de la crisis. El estancamiento de Japón en los noventa, que vino después de estallido de la burbuja accionaria, preocupa a Krugman porque la economía no creció a pesar de que se aplicaron las recetas monetarias y fiscales anticíclicas, narra Boltvinik. Según éste, el estancamiento japonés confirmaría la tesis neomarxista de la tendencia a estancamiento del capital monopolista financiero y sostiene, también, que la declinante población activa en Japón indicaría que el monto de la plusvalía no estaría aumentando, lo que se reflejaría en la falta de dinamismo económico y confirmaría la validez de la teoría del valor de Marx. Krugman destaca la creciente importancia del llamado *riesgo moral* (traslación del riesgo o privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas) que se presenta en los esquemas financieros modernos y que despoja al capitalismo de una de sus justificaciones favoritas, comenta Boltvinik. Krugman sostiene que, al estallar la crisis inmobiliaria, la falta de una burbuja de reemplazo llevó a la crisis generalizada, aceptando con ello (de manera implícita pero clara) la necesidad que tiene el capitalismo de las burbujas financieras.

Refiriéndose a Soros, Boltvinik destaca su teoría de la reflexividad; la fuerte tesis de que los mercados financieros no tienden a

equilibrio; y su análisis que la presente crisis se explicaría porque el estallido de la burbuja inmobiliaria precipitó que se desinflara la *superburbuja de la expansión del crédito* que viene desde principios de los años ochenta, *anunciando el fin de una era*, en coincidencia parcial con varias de las ponencias de estas memorias. Boltvinik comenta que ésta es una tesis cercana a la de Foster-Magdoff, excepto que Soros, igual que Krugman, son incapaces de explicar por qué el capitalismo necesita las burbujas financieras. La mayor diferencia se encuentra, por ello, en las propuestas, añade. Mientras Krugman concibe la regulación del sistema bancario sombra como la salida (aunque a veces se muestra perplejo y escéptico) y Soros la ve como una parte de la solución, Foster y Magdoff piensan que la regulación llevará al capitalismo al estancamiento crónico porque perciben, con mucho más fuerza, la necesidad de burbujas que tiene el capitalismo.

Concluye Boltvinik su ponencia señalando que Foster y Magdoff conciben el capitalismo como lo que es: un sistema social enfermo e incapaz de enfrentar las condiciones del presente; que las perspectivas son muy negras: un sistema económico tan poderoso dará patadas de ahogado capaces de destruir el mundo. Y añade que en una época en la cual se ha perdido la confianza en las revoluciones, el camino adecuado parecería apuntar hacia las reformas radicales que salven al capitalismo al costo (para sus privilegiados) de acabar transformándolo en otro sistema social. En ese camino se encuentran, señala, reformas como el Ingreso Ciudadano Universal (ICU), la desmercantilización de bienes y servicios, y la conversión de todas las rentas de la tierra (y del subsuelo) de privadas a públicas.

La tercera y última mesa dio inicio con la ponencia de Gerardo Esquivel, quien después de una breve reflexión sobre el carácter inédito tanto de la crisis actual como de la respuesta de política económica en EU, identifica seis canales por los cuales la crisis se hará sentir en México³: 1) afectará las exportaciones mexicanas,

3 Esta ponencia no fue actualizada. Escrita en los primeros meses de 2009, se refiere

sobre todo al 80% de las cuales van dirigidas al mercado de EU, lo que afectará el empleo en los sectores que producen bienes exportables; 2) el turismo sufrirá una caída importante, puesto que uno de los primeros ajustes al reducirse el ingreso de los hogares se da en las cuestiones de esparcimiento; 3) las remesas, que constituyen la principal fuente de divisas de la economía mexicana, se reducirán afectando a grupos poblacionales de menores ingresos concentrados en ciertas regiones del país; 4) la inversión extranjera se reducirá en todo el mundo, incluido México, lo que se reflejará dada la fuerte dependencia del país de dicha inversión, en pérdida de empleos; 5) el precio del petróleo bajará y ello afectará los ingresos del sector público lo que tendrá un costo en términos de gasto social, gasto en infraestructura, etcétera; 6) el peso se depreciará. Todo lo anterior, dice Esquivel, afectará fuertemente la actividad económica y el empleo en el país. El autor estimó una caída de hasta 6% en el PIB en 2009, hizo notar que sería similar a la magnitud que decreció en 1995, y pronosticó que la recuperación será más lenta que la de la crisis anterior por la falta de dinamismo de la economía mundial. Ahora sabemos que la caída fue mayor (a pesar de que el pronóstico del autor casi triplicaba el del Banco de México en ese momento), mientras su vaticinio de una recuperación lenta sigue pareciendo acertado. Esquivel, muy atinadamente, critica la actitud pasiva del gobierno mexicano y afirma que “a diferencia de lo que ocurre en otros países, en México las decisiones de política económica parecen responder a una lógica muy distinta a la de una situación de crisis”, lo que ejemplifica con la política del Banco de México de mantener altas tasas de interés, derivada de la percepción de que el riesgo inflacionario es todavía alto; y con la política de la SHCP que “en vez de plantear la necesidad de un estímulo fiscal importante que pudiera compensar al menos parcialmente el choque negativo externo, ha decidido que esto no es necesario se ha empeñado en aumentar el precio de insumos clave, como la gasolina y el diesel”. El autor considera que las medidas de política a algunos acontecimientos futuros cuyo desenlace, en enero del 2010, ya conocemos.

anunciadas por el gobierno federal para enfrentar la crisis son “notoriamente insuficientes y carecen de la capacidad para atender un problema de actividad económica y empleo como el que es previsible anticipar para el país”.

Esquivel termina su ponencia proponiendo 5 medidas de política: 1) Enfrentar la crisis mediante una combinación acertada de políticas fiscales y monetarias expansivas, para lo cual es “necesario revisar el mandato del Banco de México...hacia un esquema con un objetivo dual (inflación y crecimiento) para poder actuar en forma coordinada con EU. 2) “Revisar la Ley de presupuesto y Responsabilidad Hacendaria que, al establecer un Déficit Fiscal Cero, limita enormemente la capacidad del gobierno de realizar políticas contracíclicas [...] debería establecerse una Regla Fiscal Estructural que nos permita ahorrar recursos en época de bonanza, los cuales podrían ser gastados en épocas de crisis”. 3) En ausencia de una reforma más general, debería establecerse un Seguro de Desempleo para los trabajadores formales que pueda ser el inicio de una verdadera reforma social y laboral en el país... [y que] tendría enormes beneficios para los trabajadores, además de que se volvería un programa anticíclico implícito en el diseño mismo de la política económica [y] generaría incentivos muy importantes para que los trabajadores buscaran formalizarse...” 4) “Debe revisarse a la baja la tasa del IETU ya que este impuesto, diseñado como un impuesto de control en épocas de crecimiento, puede tener efectos perniciosos en un momento de recesión, ya que obligará a muchas empresas a pagar impuestos a pesar de que estén incurriendo en pérdidas”. 5) Revisar a fondo el gasto público e implementar un verdadero programa de austeridad y eliminación de gastos superfluos, y destinar los recursos así ahorrados a gasto social y de infraestructura. Son pocas medidas pero importantes y coherentes internamente para establecer una política keynesiana en vez de la neoliberal vigente en materia de política económica. Araceli Damián, en su ponencia, coincide con las propuestas 1 y 2, y en la suya, Pablo Yanes coincide con la 1. Ambas propuestas han sido reiteradamente expresadas

por la izquierda nacional.

Sustituir las leyes que se dan las sociedades-estado por las 'leyes' sin autor del mercado" dice Araceli Damián en la introducción de su ponencia, citando a André Gorz, es una consecuencia central del establecimiento del modelo neoliberal después de la crisis de los años setenta, provocada por la baja en la tasa de ganancia. La producción de volúmenes crecientes de riqueza, distribuyendo cada vez menos salarios y pagando menos impuestos, podía llevar a la humanidad a una debacle, había advertido Gorz desde los años noventa, y había percibido que el "dinero se convirtió en un parásito que devora la economía, y el capital en un depredador que saquea la economía", nos recuerda Damián. La actual crisis, concluye la autora, responde a la desvalorización de la fuerza de trabajo provocada por las políticas neoliberales. En México, acota, la era neoliberal se ha caracterizado, además, por una falta de dinamismo económico provocada por la implementación de políticas pro-cíclicas.

En las secciones 2 y 3 de su escrito, Damián analiza el impacto en la pobreza del alza del precio de los alimentos y de la crisis, respectivamente. Los precios de los alimentos se empezaron a disparar en 2007 por diversas causas, destacadamente por la especulación en el mercado de futuros de granos, lo que sólo en 2007 habría aumentado en 100 millones el número de pobres en el mundo. En México, el aumento de la llamada pobreza patrimonial del 42.6% a 47.4% de la población entre 2006 y 2008, anunciado por el Coneval, se explica en parte por el aumento de los precios de los alimentos, pero sobre todo por la falta de comparabilidad de las encuestas de ingresos y gastos de los hogares (ENIGHs) en las que se basan los cálculos. Como dice irónicamente la autora, estas encuestas, durante el foxismo, "provocaron que en el papel las zonas más atrasadas desaparecieran, pero la ENIGH 2008 viene a confirmar que siguen ahí, que sólo las habían sacado de las fotos". La autora analiza la evolución de la pobreza y del PIB en el período 2000-2008 y muestra la falta de correspondencia entre ambas dinámicas, lo que atribuye a los problemas de las ENIGHs. El efecto

de la crisis económica se ha sentido, sobre todo, durante 2009 en el que la caída del PIB ha sido más alta que en la crisis de 1995, en la cual la pobreza patrimonial se disparó desde 52.4% en 1994 hasta 69% en 1996. La autora hace notar, además, que en 2009 ha continuado el aumento de los precios de los alimentos por arriba de la inflación, lo que habrá contribuido también a aumentar la pobreza patrimonial probablemente a niveles similares a los de 2000 (65%) con el umbral original del Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (umbral rechazado por el gobierno federal). La autora analiza también dos factores adicionales que actuaron en el 2009 para aumentar la pobreza: la caída en las remesas (y la disminución de la emigración hacia EU) y el aumento del desempleo de mexicanos tanto aquí como en EU.

En la sección 4 de su ponencia, la autora prevé que en esta crisis, como en la de los ochenta y la de los noventa, el mayor aumento de la pobreza se dará en las áreas urbanas, sólo que ahora las más afectadas serán las del norte del país, donde se concentran las manufacturas de exportación. El crecimiento de la pobreza extrema urbana es preocupante, señala, porque son las de menor cobertura del programa *Oportunidades*, por lo que prevé que, como en las crisis anteriores, los pobres urbanos serán abandonados a su suerte. Damián analiza con algún detalle lo que puede esperarse de las llamadas estrategias de sobrevivencia de los pobres, pues se tiene la idea de que, mediante éstas, los hogares tienen la capacidad de sobreponerse a las consecuencias más severas de las crisis, particularmente aumentando la oferta de fuerza de trabajo. Retoma datos de un libro suyo en el cual analizó el comportamiento de las tasas de participación económica estandarizadas (según el número de horas trabajadas) de la población en un periodo de expansión (1988-1994) y en uno de recesión (1994-1996), lo que le llevó a concluir que "el esfuerzo laboral efectivo se contrae en periodos de crisis, por lo cual las estrategias de sobrevivencia no permiten a los hogares sobreponerse a las consecuencias de las crisis". El problema principal, dice la autora, es que el gobierno mexicano renunció,

desde hace veintiséis años, a su papel de promotor de la actividad económica y del pleno empleo.

En la última sección de su ponencia, Araceli Damián plantea un conjunto de propuestas para responder a la crisis y sus consecuencias. Examina el seguro de desempleo y el universalismo básico, uno de cuyos componentes es el Ingreso Ciudadano Universal (ICU). Ante el escepticismo sobre la viabilidad financiera de esta medida, la autora, apoyándose en Evelyne Huber, muestra cómo los países con cobertura universal en seguridad social y con estados avanzados de bienestar (como Finlandia), tenían niveles de ingreso per cápita inferiores a los que México tienen ahora cuando tomaron las decisiones que los llevaron a lo que ahora son. También citando a Huber, muestra la enorme diferencia que significa una política social avanzada, al comparar la pobreza de los hogares de madres solteras antes y después de las transferencias públicas en Suecia y EU. También recuerda que hay varias iniciativas legislativas congeladas para cambiar el mandato constitucional del Banco de México y reformar la Ley de Presupuesto y Responsabilidad Hacendaria, en el mismo sentido apuntado por Esquivel. Propone una reforma tributaria progresiva que eleve la recaudación y disminuya la desigualdad. En materia de política social recomienda eliminar la focalización individualizada y eliminar las condicionalidades que afectan a las mujeres en el programa *Oportunidades* y ampliar su cobertura a las localidades más pobres que carecen de escuela o clínica. Termina diciendo: “la necesidad de implementar ayudas directas a los pobres urbanos es fundamental si queremos mantener la paz social”.

“Nuevamente los fantasmas de Keynes y de Marx recorren el mundo”, dice Pablo Yanes al principio de su ponencia denominada “Después del neoliberalismo: hacia una nueva política socioeconómica”, con la que cierra esta publicación. Es mucho lo que está en juego, señala: ya no sólo se trata de la resistencia a un modelo social en agonía sino de las alternativas ante la crisis y la distribución de sus costos. La disputa, aclara, es “entre una nueva refuncionaliza-

ción del modelo de dominación y explotación, o una salida popular y democrática a la crisis, posneoliberal y por qué no, poscapitalista o anticapitalista”. El fundamentalismo de mercado, que dominó el mundo los últimos 30 años, y las corrientes académicas que lo respaldaron otorgándole el cuerpo de ideas necesarias para justificarse y reproducirse, son hoy cada vez más impotentes y balbuceantes, añade. Igual que otros autores de estas memorias, Yanes identifica con claridad que el keynesianismo fue la respuesta a una crisis de sobreproducción (la de 1929), mientras el neoliberalismo (usa el término estando conciente de otras posibles denominaciones, como capitalismo cínico o desregulado) respondió a una crisis provocada por la baja en la tasa de ganancia. Concibe así la característica central del keynesianismo: “el trabajo como factor de la demanda y su explotación basada en aumentos sostenidos de la productividad en un contexto de pleno empleo y redes de protección e inclusión social”. Pero este keynesianismo-fordista habría dejado de ser funcional para el capital que convocó a reemplazarlo, concibiendo al trabajo ahora como costo de producción, que como cualquier otro costo debe ser abatido, y ya no como factor de la demanda. Es la hora del neoliberalismo que el autor concibe como “una ofensiva mundial para la reorganización de todo el orden social” para subordinarlo a la lógica de la acumulación y de la ganancia, por lo cual la reestructuración se centró en una ofensiva contra el trabajo, que lo desvalorizó y lo re-mercantilizó plenamente, eliminando toda barrera a su libre intercambio (excepto la migratoria internacional), lo cual significó una redistribución masiva del ingreso del trabajo en favor del capital a escala planetaria. Pero, sostiene Yanes, el “neoliberalismo llevó en el pecado la penitencia: generó producción global sin consumo global”, elevando a escala planetaria la contradicción irresoluble entre crecimiento mundial de la producción y caída mundial de los salarios reales “que originó la Gran Depresión del 29”. La desvalorización mundial de la fuerza de trabajo ocurrió, señala Yanes, en el contexto de una revolución de las tecnologías de la información que hizo posible la desterritorialización de la pro-

ducción. La explosión del crédito, el sobreendeudamiento de las familias, particularmente en EU que se convirtió en el consumidor de última instancia, dada su situación monetaria asimétrica habría que añadir, que le permite aumentar su déficit comercial sin restricciones, pasaron a ser en el neoliberalismo el instrumento principal de ampliación de la demanda, añade. El autor, sin embargo, deja fuera el hecho, documentado ampliamente en las ponencias de Guillén y Boltvinik, sobre los montos masivos de plusvalía que no se pueden absorber productivamente y que se canalizan a las burbujas financieras.

Yanes sostiene que a cada régimen de acumulación corresponde un modelo de política social. Así como se transformó radicalmente en los últimos 30 años el régimen de acumulación, también pasó lo mismo con el modelo de política social. Así como al régimen de acumulación fordista-keynesiano le correspondió un Estado de Bienestar corporativo o social-demócrata, en la tipología de Esping Andersen, al régimen de acumulación neoliberal le correspondió el residual-liberal, concluye el autor. Si bien se trata de una simplificación, porque durante el predominio del régimen fordista-keynesiano en EU prevaleció también, como ahora con el neoliberalismo, un modelo de política social residual-liberal, y en Europa al entrar en vigor el régimen de acumulación neoliberal, no se dismantelaron los estados de bienestar corporativistas o socialdemócratas (sufrieron de reformas regresivas, pero resistieron a fin de cuentas), la simplificación que hace Yanes es válida en términos ideales y, desde luego, en la ideología que sustenta cada modelo. Además, y todavía más importante, aplica perfectamente a lo que los países desarrollados y los organismos internacionales impusieron a los países débiles de la periferia. Es decir, los (y las) neoliberales hubiesen querido dismantelar los estados de bienestar preexistentes, pero por razones de *rapport de forces* no pudieron hacerlo, excepto parcialmente. Yanes caracteriza brillantemente los rasgos centrales del modelo neoliberal de política social: privatización y re-mercantilización de los satisfactores básicos protegidos por derechos sociales

“la elevación de la focalización (originalmente una herramienta) en un principio estructurante de la política social”, donde también se aplicó el principio de la primacía del mercado y lo privado sobre el Estado y lo público, y la reducción de la política social a programas focalizados y condicionados de combate a la pobreza, concebida y medida de manera minimalista.

Yanes señala que “es momento de plantear no sólo una nueva política económica, sino también una nueva política social...una política socio-económica que se articule en torno a la primacía del desarrollo social, esto es, la subordinación de las decisiones económicas a su impacto en el bienestar de la sociedad y la vigencia integral de los derechos”. En otras palabras, es “necesario formular una plataforma programática para construir una salida popular a la crisis que ponga en cuestión el régimen neoliberal de acumulación y el modelo liberal-residual de política social”. Sus propuestas específicas las clasifica en tres grupos: a) medidas inmediatas de contención en lo social; b) componentes de una plataforma programática a mediano y largo plazo; y c) construcción del Estado social de derechos. En el primer grupo propone evitar la privatización y mercantilización de los sectores sociales básicos; impedir una reforma laboral regresiva; y revertir el modelo de capitalización de las pensiones hacia un nuevo sistema de reparto con equidad social y solidaridad intergeneracional. En el segundo, propone revalorizar el trabajo como eje de la estrategia de crecimiento económico; reconstruir la banca pública, revisar el mandato del Banco de México, rearticulando la política fiscal y monetaria y dando prioridad al crecimiento económico y la justicia distributiva; y una reforma fiscal progresiva que eleve sustancialmente los recursos públicos. En el tercer punto, finalmente, propone: universalizar el derecho a la salud superando la segmentación inequitativa actual; ampliar la oferta educativa pública y elevar su calidad y pertinencia; estrategia nacional de vivienda centrada en la calidad, tamaño y ubicación adecuadas de las viviendas; ingreso ciudadano universal (ICU) para todos los habitantes del país; y red nacional de servicios sociales

INTRODUCCION

para atender las necesidades de grupos sociales específicos. El autor concluye así: "Es hora de pensar la sociedad que queremos podemos construir después del neoliberalismo".

El libro que el lector tiene en las manos es una buena introducción para comprender la crisis. Mi mayor deseo es que sirva para estimular talleres de discusión sobre la crisis en escuelas, fábricas, universidades, oficinas públicas y privadas, círculos de estudio, partidos políticos. Convoco a los autores aquí reunidos y a algunos más a que formemos un taller permanente para seguir leyendo, pensando y discutiendo en grupo. Mi agradecimiento a Teresa Juárez por la oportunidad que me brindó de vivir esta experiencia en la que he aprendido mucho y por el apoyo que me ha ofrecido para la nueva experiencia que quiero promover.

MESA 1

Orígenes, causas, desarrollo y consecuencias

La visión marxista de la crisis y la gran crisis del siglo XXI

JULIO BOLTVINIK

1. Introducción

Toda crisis es también oportunidad de transformación. Resulta central, por ello, para todos aquellos que nos hemos declarado en resistencia ante el capitalismo salvaje, comprender la presente crisis mundial. Tenemos que contestar muchas preguntas, como: ¿Es esta crisis diferente de las anteriores? ¿Cuáles son sus características? ¿Cuál es la relación entre ellas? ¿Es ésta una crisis de la modalidad del capitalismo neoliberal o una crisis del capitalismo como tal? ¿La superación de la crisis requerirá transformaciones de fondo o sólo cosméticas? ¿Salidas a la crisis económica sin cambios fundamentales y drásticos del patrón tecnológico, y de las relaciones entre la economía real y la financiera, pueden ser algo más que parches temporales? No pretendo contestar todas estas preguntas y, para acercarme a la respuesta de algunas de ellas procuraré apoyarme en escritos de autores internacionales clásicos (Marx, Baran-Sweezy, Keynes) o contemporáneos (Foster-Magdoff, Krugman, Soros). Lo primero que hay que entender claramente es por qué el capitalismo genera crisis cíclicas.

En las secciones 2 y 3 examino la visión de Marx, para quien las crisis económicas son parte esencial del capitalismo. En las secciones 4 a 6 presento la concepción de Keynes y cómo, para consolidarla, tuvo que derrumbar algunos mitos de la teoría neoclásica; en las secciones 7, 8 y 9 abordo el análisis neomarxista de Foster-Magdoff, continuadores del pensamiento de Paul Baran y Paul

Sweezy; en la sección 10 muestro que las conclusiones de Foster y Magdoff son parcialmente avaladas por un autor neo-keynesiano (Paul Krugman) y uno heterodoxo (George Soros); y en la sección 11 presento una recapitulación y muy breves reflexiones finales en las cuales parto de la necesidad de reemplazar al capitalismo, para lo cual propongo el camino de reformas radicales, como el Ingreso Ciudadano Universal (ICU), que salven al capitalismo a cambio de acabar transformándolo en otro sistema social.

Lo presentado es, apenas, un breve y parcial esbozo de lo que me hubiese gustado hacer, que incluiría un análisis de mayor profundidad de los autores incluidos, particularmente de Marx y Keynes, y una mucha más amplia cobertura de autores. En primer lugar, entre los autores marxistas, Maurice Dobb en *Economía Política y Capitalismo* (Fondo de Cultura Económica, 1945) dedica un amplio capítulo al análisis de las crisis, contrastando el pensamiento de Marx con el de autores marxistas y no marxistas. El pensamiento de Paul Sweezy en su clásico ensayo *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, 1945, en la cual hace un recuento, en 5 capítulos, muy completo de las teorías de la crisis de Marx y sus seguidores, incluyendo la polémica sobre el derrumbe del capitalismo y la depresión crónica. Ernest Mandel (*Tratado de economía marxista*, vol. 1, Era, 1969) realiza una revisión de autores marxistas y no marxistas y en *El capitalismo tardío* (Era, 1979) introduce la autonomía de la esfera monetaria y crediticia. Pedro López Díaz (*Capitalismo y Crisis. La visión de Karl Marx*, Itaca, México, 2006, edición original: UNAM, 1985) ha sistematizado los textos de Marx sobre la crisis y ha escrito un análisis detallado basándose en ellos. La lista de autores marxistas que han escrito al respecto y que no he mencionado en el texto es muy extensa: entre ellos, Bernstein, Kautsky, Luxemburgo, Lenin, Grossman y Lange. Entre los no marxistas: desde luego resultan fundamentales los escritos de Kalecki, entre ellos: *Teoría de la dinámica económica. Ensayo sobre los movimientos cíclicos y a largo plazo de la economía capitalista* (Fondo de Cultura Económica, 1956); Charles Kindleberger (*Manias, Panics*

and Crashes. A History of Financial Crises, Basic EconomyBooks, Nueva York, 1989); Hyman Minsky (*Stabilizing an Unstable Economy*, Yale University Press, New Haven, 1986) y los autores de la escuela regulacionista citados por Arturo Guillén en su ensayo en este mismo libro (Aglietta, Boyer, y Chesnais). De Keynes me hubiera gustado hacer un tratamiento más a fondo de la *Teoría general* y revisar sus *Ensayos de persuasión*. De los keynesianos son centrales autores como Hansen, Joan Robinson y Kaldor.

2. Teoría de las crisis de Marx

En la historia del pensamiento económico hay dos autores que sobresalen por su contribución al entendimiento de las crisis capitalistas: Karl Marx y John Maynard Keynes. Ahora que enfrentamos la crisis mundial más grave después de la de 1929, es necesario volver a ellos para tratar de entender la crisis actual. Entre los divulgadores creativos del pensamiento de Marx sobre las crisis sobresalen John Strachey, Maurice Dobb y Paul Sweezy. La teoría *marxiana* (calificativo que se usa para lo referido a Marx mismo, mientras *marxista* se usa para referirse no sólo a Marx sino a Engels y a los seguidores de ambos) de las crisis se deriva, en lo fundamental, de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (G'). Dicha ley establece que, como el *trabajo vivo* es el único creador de valor (y de plusvalía: P), a medida que la producción se mecaniza, se automatiza, cada trabajador estará dotado de más y mejores medios de producción (*trabajo muerto*), para lo cual el capitalista tiene que invertir cada vez más una mayor proporción del capital en dichos medios (*capital constante*: C) y una menor en *trabajo vivo* (*capital variable*: V), haciendo que aumente la proporción del capital constante en el total [$C/(C+V)$], a la que Marx llama la *composición orgánica del capital* (O)⁵⁵. Dice John Strachey (*La naturaleza de las crisis*

55 Aunque la composición orgánica del capital, O , se suele expresar como (C/V) o a la inversa como V/C (como lo hace Strachey), es más preciso expresarla, como lo hace notar Paul Sweezy (*Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, 1945), de la manera que se hace en el texto. Sólo así la fórmula de la tasa de ganancia (G') que se presenta en el siguiente pie de página, se puede derivar

capitalistas, Fondo de Cultura Económica, 1939, Capítulo XVI) que no hay ninguna duda que O ha subido, está subiendo y tiene que seguir subiendo, pues esta alza es la esencia del progreso técnico. La tasa de ganancia [$G' = P/(C+V)$] aumenta con el aumento de la *tasa de plusvalía* [$P' = P/V$], donde P es la masa de plusvalía, y disminuye con el aumento de O , por lo cual, dada la tendencia de O a aumentar, se desprende la ley citada.⁵⁶

Strachey, en la obra y capítulo citado, sostiene que la tendencia decreciente de G' es un hecho observado y aceptado por “economistas capitalistas” como Lionel Robbins y Friedrich von Hayek pero que sólo el análisis de Marx provee una explicación racional de dicha tendencia. Strachey se pregunta en qué medida es compatible el capitalismo con esta tendencia a la baja de G' y contesta señalando que el *propósito de la producción capitalista es el aumento del monto absoluto de ganancia*, lo que puede ser alcanzado, a pesar de la baja en la tasa de ganancia (G'), aumentando suficientemente rápido el monto de capital total para que sobre-compense la baja en G' , para lo cual se requiere que el monto de V (capital invertido en fuerza de trabajo) aumente⁵⁷. Strachey señala que para Marx *la tasa mínima de acumulación necesaria para el funcionamiento del ca-*

matemáticamente de las definiciones de la tasa de plusvalía: P' y de O . Marx en el Capítulo XIII del Libro Tercero de *El Capital* (obra que dejó inconclusa) no expresa algebraicamente O , ni la fórmula de G' en términos de O , desarrollando el argumento sólo con ejemplos.

56 La fórmula de la tasa de ganancia, G' , es: $G' = P' (1-O)$ (Sweezy, *op. cit.* p. 91). Nótese que $1-O$ es igual a $[V/(V+C)]$, por lo que G' se puede expresar, como lo hace Marx en el Capítulo III del Libro Tercero de *El Capital*, así: $G' = P' [V/(C+V)]$, o sea que G' varía en el mismo sentido en que lo hace la tasa de plusvalía (P') y la proporción entre V y $(C+V)$, que es la inversa de O y que expresa qué proporción del capital total ($C+V$) está constituida por la fuerza de trabajo viva (V).

57 Hace aquí Strachey una distinción importante. Mientras para el capitalista individual lo que importa es la tasa de ganancia sobre su capital, pues esto es lo que lo guía sobre cómo debe usarlo (por ejemplo, si debe o no moverse a otra rama de actividad), para la clase capitalista en su conjunto lo que importa, en una última instancia, es el *monto* (y no la *tasa*) de ganancia. Es necesario aclarar que para Marx esta Ley predice sólo una tendencia y no un hecho inevitable porque hay un conjunto de causas contrarrestantes que analiza en el capítulo XIV del Libro Tercero de *El Capital*. Strachey también las analiza.

pitalismo es la que logra esto. A esto le denomina la *Ley de las Dos Caras* (en las traducciones al español de *El Capital* esta expresión se traduce, del alemán, como *Ley de doble filo* o *Ley bifacética*) según la cual tanto la baja en G' como el aumento en el monto absoluto de P son condiciones del funcionamiento del capitalismo. A estas dos condiciones Marx agregaría la existencia del ejército industrial de reserva (porción desempleada de la fuerza de trabajo) que permite el crecimiento de V . Strachey cita *El Capital*:

El número de obreros empleados por el capital, es decir la masa absoluta de trabajo que éste pone en movimiento, por ende la masa absoluta del plustrabajo que ha absorbido, por consiguiente la masa del plusvalor que ha producido, y por lo tanto la masa absoluta de la ganancia que ha producido, *puede* aumentar entonces, y hacerlo en forma progresiva a pesar de la baja progresiva de la tasa de ganancia. Éste no sólo *puede* ser el caso. *Debe* serlo —al margen de fluctuaciones transitorias— sobre la base de la producción capitalista. El proceso capitalista de producción es, esencialmente y a la vez, un proceso de acumulación. (Edición en español de Siglo XXI editores, Tomo III, vol. 6, p. 277; cursivas de Marx)

De aquí deriva Strachey el dilema básico del capitalismo: el dilema entre ganancias o abundancia que se puede describir diciendo que “los salarios son al mismo tiempo demasiado bajos para causar un *exceso de oferta* y demasiado altos para *disminuir el ritmo de acumulación*”. Strachey añade que es la existencia de este dilema el que hace que las crisis capitalistas sean inevitables. Ahora podemos entender, continúa, por qué Robbins y Hayek recomiendan disminuir salarios en las crisis, pues buscan eliminar todos los obstáculos para una tasa máxima de acumulación. Y mientras sólo Marx puede explicar el por qué, hay acuerdo que *la tasa máxima de acumulación es condición esencial de la existencia del capitalismo*. Concluye Strachey quien, debemos recordar, escribe en plena Gran Depresión: “Éste es el diablo dentro del capitalismo que lo empuja hacia adelante. Ésta es la ley que industrializó el mundo. Ésta es la ley que hoy está empujando a los capitalistas a buscar nuevas áreas de explotación por todo el planeta”.

3. Inevitabilidad de las crisis y esencia del capitalismo

Recordemos, con Marx, la esencia y misión histórica del capitalismo:

La tasa de ganancia es la fuerza impulsora de la producción capitalista, y sólo se produce lo que se puede producir con ganancia y en la medida en que ésta puede obtenerse. De ahí el temor de los economistas ingleses a la disminución de la tasa de ganancia. El hecho de que la mera posibilidad inquiete a Ricardo, demuestra precisamente su profunda comprensión de las condiciones de la producción capitalista... El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es lo que constituye la misión histórica y la razón de ser del capital. Es así precisamente como crea, sin proponérselo, las condiciones materiales para una forma de producción superior... Se revela aquí de un modo puramente económico..., desde el punto de vista de la producción capitalista misma, su limitación, su carácter relativo, el hecho de no ser un modo de producción absoluto, sino sólo un modo de producción histórico, correspondiente a cierta época de desarrollo limitado de las condiciones materiales de producción. (El Capital, Libro Tercero, capítulo XV)⁵⁸

Habiendo citado este párrafo, John Strachey, escribiendo en plena Gran Depresión, interpretó equivocadamente (como otros marxistas) su significado: "Ahora es claro que la época de desarrollo ilimitado, en la cual el capitalismo podía cumplir su misión, ha terminado. La fuerza productiva del trabajo social ha sido desarrollada al grado supremo al que puede ser desarrollada por el capitalismo". Meghnad Desai sostiene, en un libro escrito 67 años después (*Marx's Revenge*, Verso, 2002), cuando el socialismo realmente existente se había derrumbado, que Marx se vengó de críticos y distorsionadores al hacerse evidente que el capitalismo sigue cumpliendo su misión histórica y que el 'socialismo' instaurado en la URSS resultó prematuro,⁵⁹ validando así la famosa frase del pró-

⁵⁸ Es el último párrafo de la sección "Exceso de capital y exceso de población". He combinado las traducciones al español publicadas por el Fondo de Cultura Económica y por Siglo XXI, así como la versión en inglés del párrafo, que cita John Strachey en *The Nature of Capitalist Crisis* (Covici Friede Publishers, Nueva York, 1935, p. 290). Versión en español ya citada: *La naturaleza de las crisis capitalistas*.

⁵⁹ Para un análisis detallado de las ideas desarrolladas en este libro véase las entregas

de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (Siglo XXI editores, 1980):

Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad.

Las crisis capitalistas se manifiestan siempre, dice Strachey siguiendo a Marx, como trabajadores desempleados al lado de capital ocioso. Si se usase ese capital, la tasa de ganancia (G') caería a niveles demasiado bajos. El capitalismo sólo se podría estabilizar si, maximizando el ritmo de acumulación, manteniendo bajos los salarios, *produjese más máquinas que produjesen más máquinas que produjesen más máquinas*, pero como en algún momento esto se tiene que traducir en más bienes de consumo, enfrenta el hecho de salarios demasiado bajos para absorber la creciente producción. Si de todas maneras lograrse estabilizarse en ese ritmo máximo, lo que Marx no creía posible, de todas maneras tarde o temprano enfrentaría un aumento salarial por el aumento en la demanda de fuerza de trabajo por arriba del crecimiento de la población trabajadora, y ello haría caer las tasas de plusvalía (P') y de ganancia (G') de manera estrepitosa. Es decir, se reduciría el "ejército industrial de reserva" que, como hemos visto, es una condición necesaria para el funcionamiento del capitalismo. Los empresarios sólo podrían conseguir más trabajadores arrebatándoselos a otros empresarios, lo que haría subir los salarios reales. Así el alza de los salarios reales que ocurrió en los países centrales en el periodo dorado de la 2ª posguerra, si bien hizo algo para evitar los excedentes de producción, tuvo un efecto negativo en la tasa de ganancia (G'). Los periodos de auge asociados con alza en los salarios reales, decía Strachey en los años treinta, siempre

de mi columna *Economía Moral* del 1º, 8, 15 y 22 de julio del 2005, en *La Jornada*.

terminaban en crisis por la caída en G' . Por ello Marx señaló (en el siglo XIX) que estos períodos eran *heraldos* de la crisis.

La población es, entonces, el factor limitante último de las posibilidades del desarrollo capitalista, dice Strachey. Para sobrevivir, el capitalismo tiene que encontrar nuevas fuentes de abastecimiento de fuerza de trabajo explotable. Pero aun así, el siguiente límite es aquel en el cual nueva inversión resultaría en una masa de ganancia menor, porque se deprimiría G' de todo el capital (el nuevo y el preexistente). Sea que la crisis se provoque por la incapacidad de vender una masa aumentada de bienes de consumo o por el aumento en los salarios, las consecuencias inmediatas son las mismas. En ambos casos la siguiente etapa de acumulación se vuelve imposible porque no generaría utilidades.

Los nuevos capitales generados por la plusvalía se mantienen ociosos. Se atesoran en los bancos. *Hay sobreproducción de capital*. La competencia entre los capitalistas para evitar que su capital no sea el que permanezca ocioso, genera 'codazos' nacionales e internacionales (la guerra). La crisis (desempleo del capital y de la fuerza de trabajo) se manifiesta en la destrucción física de capital y, sobre todo, en su desvalorización (que se refleja en la caída del valor de las acciones), y en la de la fuerza de trabajo (caída de los salarios reales). Con ello se empiezan a dar las condiciones para la recuperación, porque ambas desvalorizaciones aumentan la tasa de ganancia (G').

El concepto básico de las crisis para Marx es *la sobreproducción de capital y de mercancías*, dice Strachey, quien explica que no es sobreproducción en relación con las necesidades sino sobreproducción en términos de la generación de ganancias. Se cierra el círculo: el propósito del capitalismo es la producción de ganancias y es en relación con ellas que debe concebirse *la sobreproducción*. Cuando el capital cumple cabalmente su propósito genera más capital (plusvalía) que el que puede ser invertido sin disminuir la masa de ganancias. Es decir, la paradoja de que cuando el capitalismo funciona bien, funciona mal.

4. Keynes muestra que desempleo y recesión son 'normales'

En esta sección y las dos siguientes, exploro el pensamiento de John Maynard Keynes, el otro autor central en el esclarecimiento de las crisis. *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de Keynes, publicada en 1936 (edición en español del Fondo de Cultura Económica, cuarta edición, 2003/2006) cambió radicalmente las concepciones de los economistas de la corriente dominante y sentó los fundamentos para un cambio drástico del papel de los gobiernos en la economía capitalista.

Es muy importante entender que la experiencia de una depresión prolongada cambia, para todas las personas, muchas cosas por mucho tiempo. Quienes vivimos la larga depresión de la economía mexicana de los años ochenta, vivimos eso en carne propia. La experiencia traumática del mundo desarrollado durante la gran depresión de los años treinta ha sido captada por John Kenneth Galbraith en el capítulo "La psicosis de la depresión" de su muy conocido libro sobre el capitalismo de EU (*American Capitalism. The Concept of Countervailing Power*, Houghton Mifflin, Cambridge, Massachussets, 1952/1956):

La gran depresión de los años treinta nunca llegó a su fin. Simplemente desapareció en la gran movilización de los años cuarenta [provocada por la Segunda Guerra Mundial]. *Para una generación entera se convirtió en la vida normal en tiempos de paz en los EU: lo que hay que temer y esperar*. Medida por su huella permanente en las acciones y actitudes, la depresión se sitúa junto con la Guerra Civil como uno de los dos eventos más importantes de la historia de EU desde la revolución [de independencia]. La depresión no sólo contribuyó profundamente a la inseguridad con la que los estadounidenses ven su economía, sino también tuvo una importante influencia en la conducta económica.

Esta depresión podría haber quedado sólo como un accidente si las ideas no hubiesen situado la depresión como *el patrón normal de comportamiento del capitalismo no administrado*, continúa Galbraith. Las ideas las proveyó Keynes, añade Galbraith, quien iguala la

influencia de la *Teoría general* a las de la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith, los *Principios* de David Ricardo y *El Capital* de Marx.

Keynes destruyó los argumentos de la famosa Ley de Say que sostiene que *la oferta crea su propia demanda*, que los ingresos generados y distribuidos por la producción siempre permiten adquirir exactamente la producción, por lo cual la sobreproducción y las crisis son imposibles. Éste era el credo dominante entre los economistas neoclásicos en los años treinta, a pesar de la evidencia empírica de las crisis y de que Marx había mostrado el absurdo de la Ley de Say en el Capítulo III del Libro Primero de *El Capital* en 1867 (¡69 años antes que la *Teoría general!*):

Lo que se pretende probar es que *el vendedor lleva al mercado su propio comprador...* Nadie puede vender si no hay quien compre. Pero no es necesario comprar inmediatamente después de haber vendido. La circulación [que utiliza el dinero como medio] *derriba las barreras temporales, locales e individuales del intercambio de productos [trueque] y lo hace precisamente porque escinde, en la antítesis de venta y compra, la identidad directa existente aquí [en el trueque] entre enajenar el producto del trabajo propio y adquirir el del trabajo ajeno ...* Cuando cosas que por dentro forman una unidad, puesto que se completan recíprocamente, revisten al exterior una forma de independencia, y ésta se agudiza hasta llegar a un cierto grado, *la unidad se abre paso violentamente por medio de una crisis...* Por eso estas formas entrañan la *posibilidad*, aunque sólo la posibilidad, de crisis. Para que se convierta en realidad tienen que concurrir un conjunto de condiciones que no se dan todavía dentro de la órbita de la circulación simple de mercancías. (Combino las traducciones del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI editores).

Marx distingue tres formas de circulación de los productos del trabajo: el trueque, la circulación simple de mercancías (que utiliza el dinero como medio pero persigue el propósito de satisfacer necesidades), y la circulación capitalista de mercancías cuyo único propósito es el lucro.

Las crisis corresponden sólo a esta última forma. Marx hace notar que James Mill, Say y, en general, la “economía apologética”

igualan las tres formas, ocultando sus diferencias y, por tanto, derivando la falsa conclusión de la imposibilidad de la crisis.

John Strachey en un libro posterior a la *Teoría general* de Keynes (*El capitalismo contemporáneo*, Fondo de Cultura Económica, 1960) dice que el pasaje citado de Marx contiene el germen del concepto de *preferencia por la liquidez* que Keynes utiliza para explicar el aspecto monetario de las crisis, lo que contrasta con la teoría neoclásica en la cual la teoría monetaria está separada del resto de la teoría, lo que está asociado a su incapacidad para explicar las crisis. En el modelo neoclásico el ahorro y la inversión se equilibran a través de la tasa de interés: cuando las intenciones de ahorro son más altas que las de inversión, la tasa de interés baja desestimulando el ahorro e incentivando la inversión, hasta que ambas se igualan.

Dice Galbraith que Keynes proveyó una teoría de la tasa de interés que no la hace depender de la oferta y demanda de ahorros, sino que está basada en el deseo de mantener dinero líquido (la preferencia por la liquidez) y que, aunque esta nueva teoría de Keynes no es del todo plausible, al argumentar a su favor logró persuadir a muchos que la teoría neoclásica era inadecuada. Y que fue este ataque el que destruyó la vieja fe en el equilibrio con pleno empleo.

Rota la conexión entre la tasa de interés y los ahorros, explica, un aumento en el ahorro (que no necesariamente se traduce en inversión) podría resultar en una insuficiencia del poder adquisitivo para comprar el volumen de bienes producidos. Keynes pensaba que al aumentar el ingreso subía la propensión a ahorrar y bajaba la propensión a consumir en las sociedades.

Otra razón por la cual la economía no necesariamente genera pleno empleo en la visión de Keynes es la rigidez a la baja de los salarios nominales. Strachey explica como la dinámica de la crisis, según Keynes, se puede originar en una disminución en la propensión de los ricos a invertir (la explicación sería la baja en las expectativas de ganancias); esta disminución desencadena los siguientes acontecimientos: aumenta la preferencia por la liquidez y una parte

de los ingresos de los ricos ni se consume ni se invierte; es decir los ricos *intentan* atesorar. Pero esta operación se auto-anula porque disminuyen la demanda y la producción, comienza una depresión y los ingresos caen a tal nivel que los ricos, que intentaban atesorar, ya no pueden hacerlo. Gastan en consumo o inversión su, ahora, más bajo ingreso. Se igualan ahorro e inversión, pero a un nivel más bajo de ingreso y empleo.

5. Keynes: el empleo depende de la demanda efectiva, no del salario

Cuando el mundo vivió la gran depresión (1929-1939), la sabiduría convencional de la 'ciencia económica' dominante, simbolizada por la Ley de Say ("la oferta crea su propia demanda") estipulaba que las crisis eran imposibles. Después de la gran depresión y de la 'revolución keynesiana', dice Paul Krugman en su nuevo libro:

Puesto que los economistas han aprendido la lección, nada como la gran depresión puede volver a pasar. ¿O sí puede? A finales de los años noventa un grupo de economías asiáticas — que producen cerca de una cuarta parte del PIB mundial— experimentaron una recesión con una horripilante semejanza a la gran depresión... *como en los años treinta la medicina económica convencional mostró ser inefectiva, tal vez incluso contraproducente.* Que algo así pudiera pasar en el mundo moderno debió haberle producido escalofríos a quien tuviese sentido de la historia... Cuando esta nueva edición va a prensa, buena parte del mundo, incluyendo Estados Unidos, está conteniendo con una crisis financiera y económica que se asemeja mucho más a la gran depresión que la crisis asiática.⁶⁰

La frase de Krugman marcada en cursivas muestra que la 'ciencia económica convencional' ha perdido la brújula, si es que alguna vez la tuvo. Refuerza la importancia de volver a estudiar a Marx y a Keynes. La *Teoría general* significó la derrota de la Ley de Say y ayudó a abrir una nueva época del capitalismo en la cual la política

60 Paul Krugman, *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, (El regreso de la teoría económica de la depresión y la crisis del 2008), W.W. Norton, Nueva York, 2009, pp. 3-4.

económica keynesiana, que promovía el pleno empleo, se combinó con el desarrollo de los estados de bienestar, que redistribuyeron masivamente el ingreso mediante tasas impositivas progresivas y muy elevadas a los ingresos altos para financiar servicios sociales públicos gratuitos de vocación universalista.

Por las dificultades que la lectura de la *Teoría general* impone, diversos autores escribieron manuales o libros de texto para facilitar su comprensión. En lo que sigue me apoyo en la que escribió A. H. Hansen⁶¹. Debo advertir que estas lecturas de Keynes (la de Hansen menos que otras) no son inocentes: *minimizan la ruptura entre este autor y la tradición neoclásica* (a la que se llama 'clásica') y vuelven estático su análisis dinámico.

Keynes atacó la Ley de Say en la versión de Pigou que, según Hansen, sostiene que la 'economía moderna' tiende a generar pleno empleo (todo desempleo observado es friccional), porque:

Las tasas de salarios se ajustan de tal manera que *estados diferentes de la demanda de mano de obra, una vez establecidos, tienden a asociarse con promedios similares de tasas de desocupación...* [la desocupación que existe en cualquier momento] se debe totalmente al hecho de que ante cambios en las condiciones de la demanda las resistencias friccionales impiden que se hagan los ajustes apropiados en los salarios en forma instantánea. (Pigou, *Theory of Unemployment*, 1933, citado en *Guía de Keynes*, p. 27)⁶²

Keynes sostuvo que los trabajadores son renuentes a aceptar reducciones en sus salarios nominales, pero además mostró que su baja generalizada en lugar de llevar a un aumento de la ocupación, como creía Pigou, llevaría a su disminución porque, al bajar el ingreso de todos los asalariados, disminuiría el consumo y, por tanto, caería la demanda de trabajadores para producir los bienes

61 Alvin H. Hansen, *Guía de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, 1953.

62 El nivel de ceguera de Pigou (como el de sus colegas de entonces y de muchos de ahora) es tal que no ve nada especial en la mercancía fuerza de trabajo: no percibe que debajo de cierto nivel del salario el trabajador muere de hambre; que, por tanto hay un piso mínimo debajo del cual los salarios no pueden bajar. El libro citado lo publicó en plena gran depresión, cuando el desempleo en EU era de 25% de la población activa.

de consumo. El cambio paradigmático es profundo: la variable principal en la determinación de la ocupación no es el nivel salarial sino la demanda efectiva (suma del consumo, C , y la inversión, I). La demanda de trabajo es una *demanda derivada* de las decisiones de producción e inversión y no depende centralmente del nivel de los salarios. Por tanto, el salario deja de ser el precio cuyas fluctuaciones equilibran oferta y demanda de trabajo.⁶³

La intersección entre la función de oferta global (el valor de toda la producción) y la demanda efectiva ($C+I$) es la que determina el nivel de ocupación. A mayores niveles de actividad económica, la brecha entre la función consumo y la oferta total se amplía. Es la tarea de la inversión cerrar la brecha. Pero si el consumo depende del ingreso corriente, la inversión depende, según Hansen, del cambio tecnológico y el crecimiento de la población a largo plazo y de las *expectativas de ganancias a corto plazo*. En algunos modelos keynesianos las expectativas se definen como dependientes del crecimiento del ingreso o crecimiento económico. En todos los casos podemos reinterpretar estos determinantes de la inversión en función de las oportunidades de inversión lucrativa que el crecimiento genera. La inversión es la variable determinante en todos los modelos de crecimiento económico keynesianos y el motor es la búsqueda de la ganancia. El equilibrio puede obtenerse a un nivel de empleo menor al empleo pleno. No hay razón alguna, en ausencia de políticas específicas, para que haya una tendencia al pleno empleo: la Ley de Say fue derrotada por Keynes: el capitalismo no se autorregula. Las reformas neoliberales desreguladoras olvidaron esto y las grandes depresiones volvieron.

63 Este cambio paradigmático ha sido aplicado, hasta sus últimas consecuencias, por Fernando Noriega quien ha sostenido la "inexistencia del mercado de trabajo": "Según esta teoría, dice Noriega, las empresas no demandan más trabajo cuanto más baratos se venden los trabajadores, sino cuanto más les requiere el mercado de aquello que producen. Por tanto, la relación inversa entre demanda de trabajo y salario real de la teoría neoclásica parece completamente alejada de estos resultados". *Macroeconomía para el desarrollo. Teoría de la inexistencia del mercado de trabajo*, Mc Graw Hill, 2001, p. 67.

6. Keynes: centralidad de las expectativas de ganancias

El Libro Primero de *El Capital* nos enseña que no todo dinero es capital, que el dinero se vuelve capital cuando, de ser simple expresión de valor, se convierte en *valor que se valoriza a sí mismo, en dinero que incuba más dinero*. Por su parte:

Como agente conciente de este movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista. El *contenido objetivo* de este proceso de circulación —la valorización del valor— es su *fin subjetivo*, y sólo actúa como *capitalista*, como capital personificado, dotado de conciencia y voluntad, en la medida en que sus operaciones no tienen más motivo propulsor que la apropiación progresiva de riqueza abstracta. El *valor de uso* no puede, pues, considerarse jamás como fin directo del capitalista. Tampoco la ganancia aislada, sino el *apetito insaciable de ganar*". (p. 109, edición Fondo de Cultura Económica)

Los capítulos 11 y 12 de la *Teoría general* de Keynes abordan el incentivo para invertir, elemento central del capitalismo. Hansen en su *Guía de Keynes* explica que *el incentivo para invertir será fuerte si el "valor de un bien de capital adicional es mayor que su costo"*. Esto equivale a que la tasa de ganancia *esperada* del bien de capital (a la que Keynes llama *eficiencia marginal del capital*⁶⁴ o *EMC*) debe ser mayor que la tasa de interés para que haya incentivo a invertir. Por tanto, para Keynes el volumen de inversión en la economía estará determinado por la intersección de la curva de la *EMC* y la curva de la tasa de interés. Keynes supone que la *EMC* para cada tipo de bien de capital, irá descendiendo a medida que aumenta la inversión en dicho bien porque el rendimiento *probable* bajará o porque la presión sobre las instalaciones que lo producen hará subir el precio de dicho bien de capital. Nótese que esto supone que el último bien de capital invertido resulta en una ganancia neta (después de

64 Lamentablemente la traducción al español de la *Guía de Keynes* de Hansen (Fondo de Cultura Económica, 1953) traduce este término, correctamente traducido en la versión al español de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 2003), como *eficacia marginal del capital*.

descontar los intereses) igual a cero. Con ello se maximiza la masa de ganancia, lo que coincide con el planteamiento de John Strachey de que en la teoría de Marx el conjunto del capital busca maximizar la masa y no la tasa de ganancia. Con argumentos y bases teóricas muy diferentes, esta idea de Keynes sobre el descenso de la EMC coincide con la de Marx sobre la tendencia descendente de la tasa de ganancia. Una diferencia importante, es que el planteamiento de Keynes está formulado *en términos de expectativas y no en términos de valores observados, como parecería ser el de Marx:*

Notará el lector que la eficiencia marginal del capital se define aquí en términos de *expectativa del rendimiento probable* y del precio de oferta *corriente* del bien de capital. Depende de la tasa de rendimiento *que se espera obtener* del dinero si se invirtiera en un bien *recién producido*; no del resultado histórico de lo que una inversión ha rendido sobre su costo original si observamos retrospectivamente sus resultados. (Keynes, *Teoría General*, p. 147)

Es pues la eficiencia marginal del capital (EMC) *esperada*, y no *la observada*, la que determina la inversión. Keynes critica la teoría económica vigente (la neoclásica) por su carácter estático que no toma en cuenta las expectativas: “La teoría usual de la distribución, donde se supone que el capital da *en el presente* su productividad marginal [como ganancia] sólo es válida en una situación estacionaria” (pp. 149-150). Keynes insiste en el papel de las expectativas y explica su accionar:

La confusión más importante respecto al significado e importancia de la eficiencia marginal del capital ha sido consecuencia de no haberse advertido que depende del rendimiento *probable* del capital y no solamente de su rendimiento corriente. Esto puede aclararse mejor señalando el efecto que tiene la expectativa de modificaciones en el costo previsto de producción sobre la eficiencia marginal del capital, bien sea que se esperen esos cambios como resultado de alteraciones en el costo del trabajo, es decir, en la unidad de salarios, o de invenciones y nueva técnica. *La producción resultante del equipo producido en la actualidad tendrá que competir,*

mientras dure, con la producción del equipo producido después, quizá a un costo menor en trabajo, tal vez con una técnica mejorada... Más aun, las ganancias del empresario (medidas en dinero) procedentes del equipo, nuevo o viejo, se reducirán si toda la producción se hace más barata. En la medida en que tales desarrollos se prevean como probables, o aun como posibles, disminuye en proporción la eficiencia marginal del capital producido en la actualidad. (pp. 151-152; énfasis añadido)

Y añade, ubicando la EMC como la variable clave de los ciclos económicos:

Es importante entender la dependencia que hay entre la eficiencia marginal del capital... y los cambios en las expectativas, porque es principalmente esta dependencia la que hace a la eficiencia marginal del capital quedar *sujeta a ciertas fluctuaciones violentas que son la explicación del ciclo económico.* (p.154)

Al finalizar el capítulo 11 de la *Teoría general*, Keynes dice que “*la razón de que el futuro económico esté ligado con el presente se encuentra en la existencia de equipo duradero*”. Y en el siguiente capítulo pinta un cuadro vivo sobre “lo extremadamente precario de las bases de conocimiento en las que han de basarse nuestros cálculos de los rendimientos probables” (p. 159). De esta afirmación, y de otras similares del capítulo 12 parten Foster y Madgoff:

Para que una economía capitalista funcione bien, el plusvalor que genera debe ser invertido en nueva capacidad productiva. Sin embargo, la inversión en el capitalismo moderno, argumentó Keynes, era en el mejor de los casos riesgosa, pues las decisiones de inversión que determinan el nivel del producto en el presente están basadas en las expectativas de ganancias de esta inversión durante varios años futuros. Bajo estas circunstancias, dominadas por la incertidumbre, la *subinversión* puede derivar de diversos factores, incluyendo la existencia de capacidades ociosas en planta y equipo, una sensación de que el mercado de bienes de consumo está o estará pronto saturado, una percepción de que la frontera externa para la expansión es limitada, etc. La recepción de la *Teoría general* en

EU fue muy afectada por la recesión de 1937, en la que la economía de EU sufrió un cambio de tendencia a la baja muy fuerte, subiendo el desempleo de 14% al 19%... Los economistas se enfrentaron con el espectro de un estancamiento económico continuado. Alejándose de los modelos mecánicos en los que el tiempo está ausente, Hansen enfatizó las implicaciones de largo plazo del pensamiento de Keynes, presentando lo que se llamó la *tesis del estancamiento*.⁶⁵ (John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis*, Monthly Review Press, Nueva York, 2009, pp. 12-13)

7. La teoría del estancamiento del capitalismo maduro

En *The Great Financial Crisis*, John Bellamy Foster y Fred Magdoff citan un encabezado de la revista satírica *The Onion*: “Nación abrumada por la recesión solicita burbuja para invertir en ella”. Comentan que la revista: “acierta en el problema crucial del moderno capital monopolista-financiero: *el estancamiento de la producción y el crecimiento de burbujas financieras como respuesta*.”⁶⁶ Los autores se reconocen como herederos de una tradición:

Mucho más que otros, este libro resulta de ‘estar parados sobre los hombros de gigantes’ que a su vez estaban parados sobre los hombros de gigantes. Está construido sobre los fundamentos establecidos por Paul Baran, Paul Sweezy y Harry Magdoff, quienes a su vez se apoyaron en Marx, Veblen, Schumpeter, Keynes, Kalecki, Steindl y Minsky. (p.8)

Estos autores habrían sentado las bases para el diagnóstico central del libro:

La Gran Crisis Financiera ha superado a todos [los *shocks* económicos que la precedieron a finales del siglo XX]. Tanto la economía

65 Los autores añaden que la tendencia al ‘estancamiento secular’ estaba asociado, según Hansen, a que, por una parte, las fuerzas que habían impulsado la economía capitalista eran históricas y, por tanto transitorias y, por otra parte, a que en una economía madura la inversión se orienta crecientemente al mero reemplazo con muy poca nueva inversión. Los autores citan, de Alvin H. Hansen: “The Stagnation Thesis”, en American Economic Association, *Readings in Fiscal Policy*, Richard Irwin, Homewood, Illinois, 1955.

66 *The Great Financial Crisis. Causes and Consequences*, Monthly Review Press, Nueva York, 2009, p.7.

de EU como la del mundo en su conjunto están en un estado de decadencia aguda, enfrentando lo que probablemente será un *estancamiento prolongado*. (pp.11-12)

La explicación hay que buscarla en los mismos autores: A pesar de la prosperidad de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, durante los cuales:

Los descubrimientos de Keynes fueron domesticados y reinsertados en el análisis neoclásico pre-keynesiano (a lo que la colega más joven de Keynes, Joan Robinson, llamó *keynesianismo bastardo*)... algunos economistas radicales, keynesianos y marxistas, desafiando la visión dominante de la época, *continuaron planteando el tema del estancamiento*, sosteniendo que seguía siendo el problema central de la economía capitalista monopolista y que la prosperidad de los años sesentas dependía de estímulos insostenibles de corto plazo. (p.14)

En *El capital monopolista*, Paul Baran y Paul Sweezy señalan:

No hay manera de evitar la conclusión que el capitalismo monopolista es un sistema auto-contradictorio que tiende a generar cada vez más excedente pero que no provee las salidas de consumo y de inversión requeridas para su absorción... Puesto que *el excedente que no puede ser absorbido no será producido, se sigue que el estado normal de la economía capitalista monopolista es el estancamiento*... lo que significa la sub-utilización crónica de los recursos humanos y materiales disponibles... En ausencia de fuerzas compensatorias que no forman parte de la ‘lógica elemental’ del sistema, el capitalismo monopolista se hundiría más y más en un pantano de depresión crónica... Estas fuerzas compensatorias existen...” (p. 108 de la edición original en inglés: Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital. An Essay on the American Social Order*, Monthly Review Press, Nueva York, 1966; edición en español: *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden social norteamericano*, Siglo XXI editores, México, 2ª edición, 1969).

Esas fuerzas compensatorias son elementos que *estimulan la demanda*: “La cuestión para el capital monopolista no es si estimular o

no la demanda. Tiene que hacerlo so pena de muerte. La pregunta es cómo hacerlo” (p.113). Sólo serán promovidas formas de hacerlo compatibles con los intereses del capitalismo monopolista, como los esfuerzos de ventas (publicidad y mercadotecnia), y los gastos gubernamentales, civiles y militares.

El concepto de excedente fue desarrollado por Paul Baran en *La economía política del crecimiento* (Fondo de cultura Económica, 1957): “El excedente económico *real* es la diferencia entre la producción real generada por la sociedad y su consumo efectivo corriente” (p. 39), que es menor que la plusvalía (P), pues es sólo la porción de ésta que está siendo acumulada.⁶⁷ En contraste, el “excedente económico *potencial* es la diferencia entre la producción que *podría* obtenerse (en un ambiente dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables) y lo que pudiera considerarse *consumo esencial*”. Baran aclara que este nuevo concepto también difiere de P , pues no incluye el consumo esencial de los capitalistas ni el gasto gubernamental esencial que sí están en P , y al comprender la producción perdida a causa del desempleo que no está incluida en P (p. 40).

En *El capital monopolista*, Baran y Sweezy señalan que el análisis de Marx en *El Capital* supone una economía competitiva que era predominante en el siglo XIX pero que ya no lo es. Que a pesar del énfasis de Hilferding y Lenin en la presencia dominante de los monopolios, este cambio no ha sido incorporado al análisis de los principios de funcionamiento y las leyes del movimiento de la economía capitalista monopolista, y que en el análisis económico marxista sigue reinando *El Capital*. Los autores declaran que el propósito radical de su libro es remediar esta situación empezando por reconocer que la competencia (pequeñas empresas que producen una fracción despreciable de una producción homogénea de su rama) ha dejado de ser la forma predominante de relaciones de mercado, lugar que actualmente ocupan las empresas grandes que producen una parte significativa de la producción de su rama de actividad, y que pueden

⁶⁷ Hay aquí un error ya que la plusvalía acumulada no incluye los ahorros de los asalariados que sí están incluidos en la diferencia entre producción y consumo.

controlar los precios y el volumen de su producción. No podemos abstraer esta forma dominante ni introducirla como un mero factor modificador: tenemos que incluirla en el centro mismo del esfuerzo analítico (p. 6, edición en inglés).

En *Teoría del desarrollo capitalista* (Fondo de Cultura Económica, 1942, capítulo XV), Sweezy manifestó su acuerdo con Hilferding quien dice que “la realización de la teoría de Marx de la concentración, de las fusiones monopolistas, parecen resultar en la invalidación de su teoría del valor”.

Sweezy resume así los más importantes efectos del monopolio en el funcionamiento económico capitalista: 1) suben los precios de las mercancías monopolizadas; 2) la tasa de ganancia única de la competencia es sustituida por una jerarquía de tasas de ganancia; 3) aumenta, en general, la tasa de acumulación y se acentúan las tendencias a la baja de la tasa promedio de ganancia y al subconsumo; 4) se bloquea la inversión en las industrias monopolizadas y se aglomera el capital donde hay mayor competencia, lo que lleva a que la tasa de ganancia pertinente para las decisiones de inversión sea más baja; 5) se fortalece el sesgo de la tecnología capitalista a ahorrar mano de obra; 6) los costos de venta (publicidad, mercadotecnia) suben, lo que crea puestos de trabajo improductivo y lleva a la baja de las ganancias monopolísticas extraordinarias, al aumento del consumo y a la baja de la tasa de acumulación. Lo anotado en el punto 6 tiende a compensar lo anotado en 3), 4) y 5), pero lo hace llevando no al desarrollo de las fuerzas productivas sino desviando los recursos a usos socialmente innecesarios y al desperdicio.

8. Abrazo simbiótico entre tendencia al estancamiento y financiarización

John Bellamy Foster y Fred Magdoff (FyM) en su libro *The Great Financial Crisis* se consideran herederos de la tradición analítica de Paul Baran, Paul Sweezy y Harry Magdoff (padre de Fred), que se puede englobar con el nombre de *teoría del estancamiento del*

capitalismo monopolista financiero. Los autores se apoyan en esta teoría y en el escasamente percibido planteamiento de Keynes sobre el *papel contradictorio de las finanzas en la economía capitalista*. El desarrollo de la corporación es inseparable del desarrollo de las finanzas modernas, incluyendo el mercado de valores industriales; y un nuevo y más importante papel del crédito y la deuda en toda la economía. Añaden:

La bolsa de valores misma, sugirió Keynes, fue sobre todo un producto de los intentos de los inversionistas de reducir los riesgos asociados con la inversión productiva mediante la tenencia de derechos a la riqueza escriturados en papel y, por tanto, fácilmente transferibles. Pero una vez que esto ocurrió, *el capitalismo adquirió crecientemente un aspecto dual reflejado en dos estructuras diferentes de formación de precios: la de los productos físicos y la de los activos financieros*. Cada uno operado por separado. Al quedar convertidos los activos de largo plazo de las corporaciones en compromisos financieros de corto plazo, surge la posibilidad, argumentó Keynes, que la economía fuera más y más rehén de la especulación, generando más y más volatilidad e inestabilidad... Para Keynes, la estructura de las finanzas modernas propiciaba un desacoplamiento periódico entre el mercado de activos financieros y la producción, y la posibilidad de que las burbujas especulativas seguidas de su inevitable estallido pudieran desestabilizar el sistema en su conjunto.⁶⁸ (p. 16)

Citan aquí una famosa y profética frase de Keynes:

Los especuladores pueden no hacer daño cuando sólo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa; pero la situación es seria cuando *la empresa se convierte en burbuja dentro de una vorágine de especulación (Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero, Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 2003, p. 167)*.

Foster y Magdoff relatan que el crédito de haber redescubierto y desarrollado estas agudas percepciones de Keynes corresponde a

68 Foster y Magdoff se apoyan no sólo en la *Teoría general* sino también en los *Essays in Persuasion* (Ensayos de Persuasión) de Keynes, publicados en 1932.

Hyman Minsky, quien postuló la *hipótesis de la inestabilidad financiera*. Para Minsky, dicen:

El talón de Aquiles de un sistema financiero desarrollado es su dependencia de un flujo constante de ingreso en efectivo, en particular ganancias, para apoyar y validar la continua expansión. La inestabilidad del sistema financiero aumenta en el tiempo al *apilarse deuda sobre deuda en una burbuja que estallará en cuanto se vuelva más lento el flujo de efectivo*. La economía moderna, por lo tanto, se vuelve *crónicamente dependiente de la función de prestamista de última instancia de los bancos centrales y de las tesorerías gubernamentales*. (p.17)⁶⁹

Además, Sweezy y Harry Magdoff insistieron durante treinta años a través de las páginas de *Monthly Review*, dicen Foster y Magdoff, en las *relaciones entre el estancamiento y lo que luego habría de llamarse financiarización* (el reemplazo, como centro de gravedad de la economía, de la producción por las finanzas). El argumento de Sweezy y Magdoff, continúan, es que la tendencia al estancamiento crea las condiciones para un viraje mayor en el papel de las finanzas en el capitalismo norteamericano: de ayudante modesto a fuerza impulsora.

La *especulación financiera* se convirtió en una segunda locomotora del crecimiento, dada la debilidad de la primera locomotora, la inversión productiva. *Se aceleró el proceso de endeudamiento creciente que se convirtió en rasgo institucionalizado de la economía*, presente todo el tiempo y no sólo durante las orgías especulativas que ocurrían históricamente en las cimas del ciclo económico. *El funcionamiento del sistema se volvió más y más dependiente de una serie de burbujas financieras cada una más grande que la anterior*.

Para Harry Magdoff y Sweezy, dicen nuestros autores, la esencia del dilema del capitalismo en su etapa monopolista se captura

69 Foster y Magdoff citan un artículo autobiográfico de Minsky, escrito en 1992, e incluido en P. Arestis y M. Sawyer, *A Biographical Dictionary of Dissenting Economists*, (Edgard Elgar, 2000), así como el libro de Minsky: *Stabilizing an unstable Economy* (estabilizando una economía inestable), Yale University Press, 1986.

en el "abrazo simbiótico" entre el estancamiento y la financiarización. *La economía no puede vivir sin la financiarización* (y otros propulsores como el gasto militar) *pero al final de cuentas no puede vivir con ella*. Añaden que el argumento central de su libro es que una evaluación realista de la historia económica reciente requiere centrarse en la interrelación entre la tendencia al estancamiento del capital monopolista y las fuerzas contrarrestantes, la más importante de las cuales es la financiarización, al grado que podemos hablar hoy del *capital monopolista financiero*. Por si hiciera falta, Foster y Magdoff aclaran cuál es el problema de fondo y cuál el síntoma:

La explosión financiera en los EU y otras economías capitalistas avanzadas desde los años sesentas es sintomática de la tendencia subyacente al estancamiento cuyas raíces se encuentran en el patrón de acumulación del capital monopolista financiero. *Es este patrón y no la financiarización (o la crisis actual de la financiarización) la que constituye el verdadero problema*. Marx explicó que las crisis resultan de la *sobreproducción de capital*. En efecto, Marx escribió que 'la barrera real de la producción capitalista es el capital mismo'. El sistema se confronta ahora duramente contra esta barrera de múltiples maneras. *No hay posibilidad que el sistema en esta etapa de su historia y con la estructura existente de desigualdad, pueda absorber vía la inversión productiva, el enorme excedente que ha alimentado la explosión financiera. Al mismo tiempo, el proceso de financiarización mismo está en crisis. El prospecto más probable, por tanto, es un estancamiento profundo y prolongado.* (pp. 20-21; énfasis añadidos)

Las importantísimas conclusiones de este párrafo son, en mi opinión, irrefutables y sus consecuencias gravísimas. Podemos entender la financiarización como un *keynesianismo privado espontáneo* que ha sido, aún más que el gasto militar y el publicitario, lo que ha mantenido a flote el capitalismo aunque sin superar la tendencia al estancamiento. Si la financiarización está en crisis, ¿cuál será la salida a ese enorme excedente que el sistema genera? ¿Podrá un presupuesto altamente deficitario como el aprobado para el primer año fiscal de Obama reemplazar, aunque sea parcialmente,

esta función de la financiarización? El estancamiento profundo y prolongado del capitalismo, recordemos la historia de la primera mitad del siglo XX, puede llevar a fortalecer el fascismo y corrientes similares de ultraderecha en el mundo.

9. Un sistema social alternativo al capitalismo: no hay otro camino

John Bellamy Foster y Fred Magdoff, citan a un par de autores de lo que en EU se llama economía radical que sostienen la tesis inversa (pp. 106-109) a la que ellos, siguiendo a Paul Sweezy y Harry Magdoff desarrollan en su libro *The Great Financial Crisis*, tesis que sostiene que la tendencia crónica al estancamiento del capital monopolista genera una masa de excedente que no encuentra oportunidades de inversión productiva y que se canaliza al sistema financiero buscando ganancias. Ante la oferta masiva de recursos, el sistema financiero fomenta el sobre-endeudamiento de todos los sectores de la economía, incluidos los hogares (la deuda global acumulada en EU de hogares, empresas y gobierno era de 3.5 veces el PIB en 2007) y diseña nuevos instrumentos financieros, de traslado de riesgos y de aseguramiento de éstos. Todo ello da lugar a la *financiarización de la economía* (el traslado del centro de gravedad de la economía del sector productivo al financiero). Es decir, la tesis central, como hemos visto en secciones anteriores, es que *la financiarización es un resultado de la tendencia al estancamiento*.

Thomas Palley al igual que Özgür Orhangazi sostienen la tesis opuesta: que *es la financiarización la que genera el estancamiento*. Palley incluso atribuye a la financiarización el estancamiento de los salarios reales y la creciente concentración del ingreso. No hay duda, dicen Foster y Magdoff, que un estancamiento prolongado y profundo puede derivar del estallido de una burbuja financiera, como ocurrió en Japón después de la ruptura de la burbuja de los valores del mercado inmobiliario en 1990. Sin embargo, sostienen que esta enfermedad económica puede ser vista de manera más útil como una *crisis de financiarización* que, al atascarse, paraliza el cre-

cimiento que había generado.

Orhaganzi argumenta que las mayores oportunidades de ganancias financieras *excluyen* las inversiones productivas, al cambiar los incentivos de los directivos corporativos. Así, el estancamiento se explicaría porque el crecimiento de la inversión financiera genera, por exclusión, un crecimiento muy lento de la inversión productiva. Foster y Magdoff refutan a este autor señalando que la idea que la inversión real es excluida por la inversión financiera hace muy poco sentido cuando se le sitúa en el contexto de una economía caracterizada por cada vez menos oportunidades de inversión productiva y una *creciente capacidad ociosa*: el promedio de capacidad utilizada en la industria manufacturera en los años 1960-1969 fue del 85%, y más bajo en el periodo 1972-2007: 79.8%. También muestran la tendencia a la baja de la inversión neta fija no residencial y el bajísimo nivel absoluto al que llegó en 2006.

Continuando su argumento contra Orhaganzi agregan que, como hay un número limitado de salidas de inversión rentables en la economía real, y como, ante ello, el proceso de acumulación se *atasca constantemente*, y como el amontonamiento de más y más deuda se convierte en palanca poderosa del crecimiento, *cualquier desaceleración en el inflado de la burbuja de la deuda se convierte en una amenaza a tal crecimiento*. Está en la naturaleza del capital monopolista financiero el que tienda a *volverse adicto a la deuda*: más y más deuda se requiere sólo para mantener la máquina funcionando, añaden citando un libro de Paul Sweezy y Harry Magdoff de 1988. Y rematan: “Lo anterior no debe cegarnos al hecho que el problema real está en otra parte. En todo el *sistema de explotación de clase* enraizado en la producción. En este sentido, la financiarización es sólo una manera de compensar la *enfermedad subyacente* que afecta la acumulación de capital misma”.

Y nos recuerdan que Marx escribió: “*La superficialidad de la economía política se muestra en el hecho que concibe la expansión y la contracción del crédito como la causa periódica de las alteraciones del ciclo industrial, cuando es un mero síntoma de ellas*”.

La bien intencionada crítica de Palley, Orhaganzi y otros en la izquierda está orientada a la *re-regulación* del sistema financiero (después de muchos años de *des-regulación*), creando una arquitectura financiera que establezca la economía y proteja el trabajo asalariado, dicen Foster y Magdoff. “Pero si la argumentación previa es correcta, continúan, tales empeños para re-regular las finanzas probablemente fracasarán en su objetivo principal, puesto que *cualquier intento serio de controlar el sistema financiero corre el riesgo de desestabilizar el régimen de acumulación en su conjunto*, que constantemente requiere de la financiarización para elevarse a niveles cada vez más altos”. Los autores terminan el capítulo 5 de su libro que he venido reseñando, comentando que Sweezy señaló en una conferencia en 1994 que lo único que podría hacerse para estabilizar la economía sería *expandir de manera muy acelerada el gasto gubernamental en áreas que beneficiaran realmente a la población y llevar a cabo una redistribución radical del ingreso y la riqueza*. En este capítulo, escrito originalmente en abril de 2008 como artículo de la revista *Monthly Review*, antes de que Obama fuese electo presidente, señalan que ninguna de las propuestas de Sweezy está en la agenda. Sin embargo, sabemos ahora que entre las intenciones de Obama está la aceleración del gasto público en algunas áreas de alto beneficio para la población, como servicios de salud. No incluye medidas de redistribución radical del ingreso y la riqueza pero sí de elevación de las tasas impositivas a los altos ingresos, que se habían venido desgravando, como parte de las políticas neoliberales.

Los autores muestran su cara radical y su coherencia al cerrar el capítulo: “Si la meta es avanzar las necesidades de la humanidad como un todo, el mundo tarde o temprano tendrá que acoger un sistema social alternativo al capitalismo. No hay otro camino” (p.109).

10. La adicción capitalista a las burbujas financieras vista por Krugman y Soros

Como hemos venido discutiendo en las secciones previas, la *financiarización* (reemplazo de la producción por las finanzas como centro de gravedad de la economía) es el principal (y gigantesco) *flotador del capitalismo monopolista financiero* que evita que zozobre en el estancamiento crónico, según la visión neo-marxista de los seguidores de Baran y Sweezy. Las burbujas financieras (y su estallido), están en el centro de lo que llamé *keynesianismo privado espontáneo*. Veamos como percibe esas burbujas el famoso economista Paul Krugman. En su más reciente libro⁷⁰ explica con gran claridad la dinámica de las burbujas y sus límites. Cuando los precios de las acciones suben y suben, todo el que compra acciones obtiene ganancias rápidas, lo que lleva a otros a hacer lo mismo, acelerando el alza de las mismas.

Se crea una especie de esquema Ponzi (o pirámide financiera) que funciona mientras hay nuevos “bobos entrando” y poniendo más dinero. Cuando se acaban los bobos, la pirámide se desploma. Eso ocurrió en el verano del 2000. Las acciones perdieron 40% de su valor en dos años. Krugman explica también la burbuja inmobiliaria. Dice que en este caso se abandonaron los principios tradicionales de los préstamos inmobiliarios (el comprador debe dar un enganche sustancial y tener capacidad para hacer los pagos mensuales). Se hicieron préstamos sin enganche y a quienes carecían de la capacidad de pago. Krugman concluye: “Los cínicos dicen que Alan Greenspan había tenido éxito sólo al reemplazar la burbuja de la bolsa con la burbuja de la vivienda, y tienen razón”. Coincide así con Foster y Magdoff en que, sin burbujas, la economía monopolista actual tiende a la recesión.

Krugman, Premio Nóbel de Economía 2008, sostiene que la crisis financiera del 2008 puede verse como un *pánico del sistema bancario sombra* que se representa, dados los cambios tecnológicos, ya

70 Paul Krugman, *The Return of Depresión Economics and the Crisis of 2008*, W.W. Norton, Nueva York, 2009.

no por largas filas si no por múltiples *tecleos de mouse*, para retirar inversiones o vender valores. Para explicar *qué es el sistema bancario sombra*, empieza por explicar qué es el sistema bancario tradicional: una institución que recibe depósitos del público (originalmente para proteger sus valores) retirables en cualquier momento (como las cuentas de cheques), y presta una parte de los mismos, cobijándose en la ley de los promedios que prevé que no todos intentarán retirar su dinero al mismo tiempo,⁷¹ salvo si hay rumores de que el banco está en problemas o a punto de sufrir una corrida bancaria.

Estos pánicos bancarios eran contagiosos: cuando ocurría una corrida, los cuenta-habientes de otros bancos también entraban en pánico. En EU hubo *pánicos bancarios* en 1873, 1907 y en los años treinta. La Ley Glass-Steagall fue la respuesta a estas corridas: separó los bancos en bancos de depósito (o comerciales), y bancos de inversión (que no recibían depósitos). Los riesgos que los primeros podían correr fueron fuertemente restringidos, se aseguraron los depósitos con cargo a recursos presupuestarios federales (función que en México cumple una institución de mala fama: el Fobaproa: Fondo Bancario de Protección al Ahorro) y se abrió para ellos la ventanilla de descuento (crédito) de la FED. Los bancos de inversión fueron mucho menos regulados porque se supuso que no estaban sujetos a corridas.

Pero ante estas regulaciones fue surgiendo el *sistema bancario sombra* que se caracteriza por instituciones no reguladas, lo que les permite ofrecer mejores condiciones tanto a inversionistas como a deudores. Le llama *sistema bancario sombra* a estas instituciones que no son bancos pero que actúan como bancos: porque a diferencia de los bancos verdaderos, no operan a la luz del sol, sino en la sombra.

71 Una vez que empiezan a prestar, los bancos así nacidos, pueden prestar más allá de todos sus depósitos, pueden crear dinero. Dice John Kenneth Galbraith (*El dinero*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1983): “El proceso de creación de dinero por los bancos es tan simple que repugna a la mente”. Cuando un banco presta el dinero que le ha sido depositado, los depósitos originales siguen vigentes, siguen siendo dinero (puedo emitir un cheque, por ejemplo). “De este modo se había creado dinero”, añade Galbraith. En México los depósitos en cuenta de cheques son más grandes que los billetes y monedas en circulación.

Krugman cita a Timothy Geithner, hoy Secretario del Tesoro en el gobierno de Obama, quien en 2008 dijo que en los años del *boom* el sistema bancario sombra (o sistema financiero paralelo) creció hasta superar a la banca tradicional y que la escala de activos riesgosos y no líquidos, financiados con pasivos de muy corto plazo, hizo que varios de los vehículos e instituciones en este sistema financiero paralelo fuesen vulnerables a *un tipo clásico de corrida*, pero sin las protecciones, como el seguro de depósitos, que el sistema bancario posee para reducir tales riesgos. Señala Krugman:

A medida que el *sistema bancario sombra* se expandió para rivalizar o incluso rebasar a la banca convencional en importancia, los políticos y los oficiales gubernamentales tendrían que haberse percatado que estaban recreando el tipo de vulnerabilidad financiera que hizo posible la Gran Depresión —y tendrían que haber extendido la regulación y la red de seguridad financiera para proteger a las nuevas instituciones—. (p.163)

Todas las advertencias fueron ignoradas. El espíritu de los tiempos y la ideología de la administración de George W. Bush, eran profundamente antirregulatorios, señala. Quienes debieran haber estado preocupados por la fragilidad del sistema, sobre todo Alan Greenspan, estaban cantando loas a la innovación financiera. Así que los riesgos crecientes de una crisis del sistema financiero y de la economía fueron ignorados y la crisis llegó, concluye Krugman.

A pesar de su habilidad expresiva y su carácter didáctico, Paul Krugman se queda en el análisis superficial que ve en la desregulación del sector financiero la causa única de la crisis; no busca las causas de fondo en la economía real. Más adelante confesará explícitamente: “no sabemos cómo ocurren las crisis”, reflejando de un plumazo el verdadero estado de la ‘ciencia económica’.

Se creía, hasta hace muy poco, que dado que los economistas y los hacedores de política aprendieron bien la lección de la Gran Depresión, algo parecido no podría volver a ocurrir, dice Krugman. Cita a Robert Lucas, Premio Nobel de Economía 1995, quien en

2003 dijo que el “problema central de prevención de las depresiones ha sido resuelto para todo fin práctico”. También cita a Ben Bernanke, actual Presidente del Banco de la Reserva Federal (la FED), diciendo algo similar. “Viendo ahora hacia atrás... estas optimistas declaraciones suenan casi increíblemente petulantes”, concluye Krugman, quien añade que lo que más extraño acerca de este optimismo era el hecho que durante los años noventa *habían de hecho surgido problemas económicos reminiscentes de la Gran Depresión en algunos países, incluyendo Japón, la segunda economía del orbe.*⁷² (Krugman, *op. cit.*, Introducción y Capítulo 1). En Japón se pasó de la burbuja del mercado de valores (cuyo pico se alcanzó en 1988) a una economía estancada (a partir de 1991) con altibajos pero no a una depresión o una recesión severa. Aunque Krugman no lo dice así, al parecer ello se debió a que el Banco de Japón empezó a desinflar la burbuja antes de que estallara por su cuenta, a diferencia de la FED en EU (Greenspan en el 2000 con la burbuja de la bolsa de valores; Bernanke en 2007/2008 con la inmobiliaria) que dejó estallar abruptamente ambas burbujas.

Sin embargo, a diferencia de EU (donde surgió la burbuja inmobiliaria justo a tiempo para rescatar a la economía después del estallido de la burbuja de la bolsa de valores), en Japón no hubo una nueva burbuja que sustituyese a la anterior. Confirmando la tesis neo-marxista de la necesidad de las burbujas financieras para sacar al capitalismo monopolista de su tendencia al estancamiento, sin burbujas la economía del Japón sólo creció en el periodo 1991-2002 a una tasa promedio del 1.09%, menos de la cuarta parte del ritmo de crecimiento, con burbujas, de los años ochenta. Este periodo del Japón lo caracteriza Krugman como *crecimiento depresivo*.

En el periodo de estancamiento de la economía japonesa (1991-2002) lo sorprendente, y preocupante, dice Krugman, es que a pesar de que se aplicaron las medidas usuales de política: se bajó la

⁷² *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, W.W. Norton, Nueva York, 2009. Estas citas son de la “Introducción” y del “Capítulo 1”. En lo que sigue me baso en el Capítulo 3.

tasa de interés a casi cero, y se pasó de superávit a alto déficit público (4.3% del PIB en 1996), la economía seguía estancada. Perplejo, Krugman se pregunta (mostrando la impotencia de la 'economía de la corriente principal') si sería el envejecimiento de la población, o el nerviosismo sobre el futuro, pero Japón cayó en la temida trampa de la liquidez, concepto acuñado, como hemos visto, por Keynes, que significa que 'el público' prefiere atesorar su efectivo: ni lo gasta en consumo, ni lo invierte.

Krugman da un dato clave que en su esquema conceptual no parece grave: la población en edad de trabajar (la fuerza de trabajo potencial) está declinando de manera continua en Japón, mientras crece rápidamente la población jubilada. En contraste, en la teoría marxista de las crisis, como hemos visto, el monto de la fuerza de trabajo es determinante, ya que es sólo el trabajo vivo el que genera nuevo valor: plusvalía. Una economía con una fuerza de trabajo declinante está destinada al decrecimiento o, en el mejor de los casos, al estancamiento.⁷³ Pero Krugman pasa a otra cosa. Cabe preguntarse si el problema económico del Japón no radica en su política migratoria, ya que a diferencia de otros países desarrollados, al parecer Japón no cuenta con una inmigración significativa.

Krugman dice que otra opción para que Japón superara el estancamiento crónico, sería hacer lo necesario para que hubiera un poco de inflación. Dice que desde la Gran Depresión en EU, ninguna economía había entrado en la trampa de la liquidez y que los economistas estaban muy mal preparados (y desinteresados) para lidiar con una situación así. "Continúo asombrándome sobre cuan pocos fueron los economistas del mundo que se percataron de lo importante que era la trampa del Japón como un asunto práctico y como un reto a nuestras doctrinas económicas". *La inflación es la solución para salir de la trampa de la liquidez*, añade, ya que ésta "derrite, en el tiempo, el valor real del dinero". La explicación de

Krugman del papel de la deflación en el estancamiento japonés, sin embargo, no es consistente con los datos de cambios en los precios en el PIB durante los noventa y lo que va del decenio actual en ese país, por lo cual el papel que le atribuye a la deflación en la crisis debe ponerse en duda.

En el análisis de la crisis asiática que comenzó en 1997 con la devaluación de la moneda tailandesa, el *baht*, Krugman trae a colación otro factor que está presente también en el caso del Japón en la crisis mundial actual: el de *riesgo moral*: unos son los que invierten y reciben los beneficios si todo va bien y otros los que pagan los costos si la inversión resulta fallida (privatización de las ganancias; socialización de las pérdidas). El capitalismo pierde así una de las justificantes de la ganancia que sus apologistas suelen esgrimir: el riesgo.

Si los riesgos los asume otro, el inversionista se despreocupa de la viabilidad de su inversión o préstamo y hace más inestable al desarrollo del capitalismo. A la pregunta de por qué la crisis ocurrió justo en Asia y justo en 1997, si Asia había resistido *shocks* económicos más grandes antes, responde que las economías de la región se habían vuelto más vulnerables por haber abierto al exterior sus mercados financieros, en lo cual concuerda con Joseph Stiglitz.

George Soros, conocido especulador multimillonario que se considera también a sí mismo un filósofo y filántropo, desde su primer libro: *The Alchemy of Finance (La alquimia de las finanzas, 1987)*, pasando por *La crisis del capitalismo global* (Plaza y Janés, 1999), ha venido sosteniendo que el funcionamiento social, particularmente el de los mercados financieros, no puede entenderse si se parte de una concepción de la relación entre pensamiento y realidad como la que se da en la física. Que ello es así porque, *a diferencia de las partículas y de los astros, los seres humanos actúan intencionalmente para conocer y manipular la realidad*. Que ello hace necesaria una nueva teoría, que él llama *la teoría de la reflexividad*. En su más reciente libro, *The Crash of 2008 and What it Means* (El derrumbe de 2008 y su significado), Public Affairs, Nueva York, 2009, Soros dice que su

⁷³ "La población es el factor limitante último de las posibilidades del desarrollo capitalista", dice Strachey. Para sobrevivir, el capitalismo tiene que encontrar nuevas fuentes de abastecimiento de fuerza de trabajo explotable.

teoría de la reflexividad explica mejor la crisis actual que la teoría económica prevaleciente (que sostiene que todos los mercados, incluso los financieros, tienden al equilibrio). También sostiene que la teoría de la reflexividad no aspira a constituirse en una teoría “científica” en el molde de la física, como ha pretendido la teoría económica, porque no puede predecir los acontecimientos, ya que la presencia de la reflexividad (circularidad entre creencias de los actores y la realidad), introduce una incertidumbre que hace imposible predecir el futuro. Por ello sostiene que los eventos de los mercados financieros tienen que interpretarse como una forma de historia. Pero la historia “está tan sobre-cargada que sería incomprendible a menos que los procesos y eventos singulares se puedan reducir a un número manejable” a través de una hipótesis. Ésta es la función que cumple, en su nuevo libro, la *hipótesis de la superburbuja*. (p. 106).

Recordemos que Krugman sostiene que el estallido de la burbuja inmobiliaria llevó a la crisis generalizada actual porque no hubo una nueva burbuja de reemplazo, aceptando implícitamente que el capitalismo actual necesita tales medios artificiales para funcionar bien; y que Foster y Magdoff coinciden con Krugman, pero van más allá pues conciben la financiarización y las burbujas como factores de contrapeso de la tendencia al estancamiento crónico del capitalismo monopolista.

En contraste, Soros sostiene que la crisis actual se explica porque *la ruptura de la burbuja inmobiliaria precipitó que la superburbuja de la expansión del crédito, que viene desde principios de los años ochenta, también se desinflara anunciando el fin de una era*. Para él, las burbujas surgen de la interacción reflexiva entre una tendencia prevaleciente y una concepción errada.

En la superburbuja la tendencia son los métodos cada vez más sofisticados de creación de crédito, y la concepción errada es la confianza excesiva en el mecanismo de mercado: el fundamentalismo de mercado” (p. 93). Y añade:

Los mercados financieros no necesariamente tienden al equilibrio; dejados por su cuenta pueden pasar de extremos de euforia a los de desesperación. Por eso mismo no son dejados por su cuenta. Desde la Gran Depresión, las autoridades han sido muy exitosas en evitar una quiebra mayor en el sistema financiero internacional. Irónicamente, es este éxito el que ha revivido el fundamentalismo de mercado... bajo cuya influencia las autoridades financieras perdieron el control de los mercados financieros y se desarrolló la superburbuja. (p. 94)

La superburbuja combina tres tendencias centrales, cada una de las cuales contiene al menos un defecto, dice Soros: 1) La expansión del crédito que se explica porque las autoridades rescatan a las instituciones financieras cada vez que están en peligro, lo que da lugar a la distorsión conocida como *riesgo moral* (realmente es un *traslado de riesgo* de la institución financiera a la sociedad), que Krugman analiza detenidamente y que genera el primer defecto: *un incentivo asimétrico a la expansión crediticia*. 2) La globalización de los mercados financieros, tendencia que conlleva el segundo defecto: *su estructura es asimétrica y favorece a EU y penaliza a los países menos desarrollados de la periferia*. 3) Eliminación progresiva de las regulaciones financieras y el ritmo creciente de las innovaciones financieras, ambos basados en el tercer defecto: *la creencia que los mercados financieros tienden al equilibrio* (pp. 94-95). Mientras la primera tendencia viene desde los años treinta, las otras dos se establecieron en los años ochenta, que es cuando se empezó a formar la superburbuja.

La globalización de los mercados financieros fue un proyecto del fundamentalismo de mercado muy exitoso, señala Soros:

La libre movilidad internacional del capital financiero hace muy difícil para cualquier gobierno gravarlo con impuestos o regularlo, ya que se puede ir a cualquier otro lugar. Esto coloca al capital financiero en una posición privilegiada. *Con frecuencia los gobiernos tienen que ponerle más atención a los requerimientos del capital inter-*

*nacional que a las aspiraciones de su propio pueblo.*⁷⁴ Por ello es que la globalización de los mercados sirvió tan bien a los objetivos del fundamentalismo de mercado. (p. 97)

Otra asimetría es que, dado que el dólar funciona como la divisa que aceptan todos los bancos centrales del mundo, los EU han podido poner en práctica medidas anticíclicas (imprimiendo billetes) mientras que los países en desarrollo, argumenta nuestro autor, fueron obligados a vivir sólo con sus propios medios (se les impuso el tabú del déficit, habría que agregar). Esto, explica, hizo más seguro mantener activos financieros en el centro que en la periferia y los ahorros del mundo fueron “succionados por el centro y redistribuidos de ahí. Además eso hizo posible, y necesario, que EU incurriera en un déficit crónico de la cuenta corriente de la balanza de pagos que llegó al 6.6% del PIB en el tercer trimestre de 2006. El consu-

74 Esta frase de Soros coincide plenamente con lo que escribió en *La Jornada* Alejandro Nadal (13 de enero de 2010): “En conclusión, la economía mexicana está organizada para servir y recompensar al capital financiero. Por eso, la Secretaría de Hacienda y el Banco de México mantienen esta infausta política macroeconómica recesiva. No importa que aumente la pobreza, que se sacrifiquen empleos, que el paisaje agrícola se convierta en un páramo, que la industria se encuentre en ruinas, que el gasto en educación permanezca estancado o que el medio ambiente sea un desastre. Las prioridades son la rentabilidad para los flujos de capital, el tipo de cambio estable para tranquilizarlos, y la inflación bajo control para dulcificar su existencia. México sigue siendo laboratorio y ejemplo negativo para el mundo”. Antes, en el mismo artículo, Nadal señala: “Pero, ¿qué no es algo bueno la entrada de capitales?... En realidad los flujos de capital tienen varios efectos desestabilizadores. Entre otras cosas, contribuyen a apreciar el tipo de cambio en el preciso momento en que se necesita un ajuste para corregir el desequilibrio externo. En lugar de premiar las importaciones y castigar las exportaciones, los flujos de capital profundizan el desequilibrio externo. Además, la estabilidad del tipo de cambio se convierte en una prioridad clave de la política macroeconómica. *La inversión en cartera espera y exige que el tipo de cambio se mantenga estable, pues de lo contrario sufriría atroces pérdidas.* Surge así una tríada de prioridades para que el capital financiero se sienta a gusto. Primero, mantener una rentabilidad adecuada para los flujos de capital (lo que implica altas tasas de interés). Segundo, el tipo de cambio debe mantenerse estable. Tercero, la inflación debe controlarse por encima de cualquier otra consideración. Por cierto, es preciso [para lograr lo anterior] esterilizar esos flujos para controlar la oferta monetaria, lo que entraña un costo financiero no despreciable. Y lo más grave es que la esterilización destruye el proceso de ajuste, mantiene alta la tasa de interés y fomenta más entrada de capitales en lo que constituye un círculo vicioso”.

midor norteamericano se volvió el motor de la economía mundial”, concluye Soros (pp. 97-98).

La desregulación del sistema financiero en EU acentuó la tendencia a la expansión del crédito. En su marco fue posible el diseño de nuevos instrumentos financieros y el apalancamiento de los bancos y de otras instituciones financieras. La hipótesis de la superburbuja señala que la crisis actual marca el punto de inflexión en la ampliación del crédito que se inició desde los años ochenta. Por eso la concibe como el fin de una era. La evidencia más fuerte en respaldo de esta hipótesis es el carácter generalizado de la crisis que abarca todo el mercado financiero y no sólo algún sector del mismo. Soros considera que la capacidad de las autoridades financieras de EU para estimular la economía enfrenta severas restricciones. Una de ellas es que, a pesar de la liquidez enorme inyectada por los bancos centrales al sistema bancario, ésta no está transfiriendo la liquidez al público porque está preocupada por reducir su exposición al riesgo.

Soros señala que no hay un modelo adecuado de sistema bancario (en realidad financiero) que invocar. El sistema financiero se volvió demasiado grande y rentable y en el futuro debe reducir su tamaño y estar bajo el control de las autoridades financieras. *Hace notar una contradicción central de nuestro tiempo aunque no la llama así:*

Mientras los mercados financieros se volvieron globales, las autoridades siguieron siendo nacionales. Puesto que los mercados globales son benéficos, las autoridades deben volverse también más internacionales y las instituciones financieras internacionales deben servir los intereses de todos sus miembros de manera más equitativa.

El sistema financiero internacional, lejos de proveer un campo de juego parejo, ha favorecido a EU en detrimento de los países de la periferia, que están sujetos a la disciplina dictada por el Consenso de Washington (de la cual EU está exento), y los ha forzado a

llevar a cabo políticas procíclicas, señala Soros en un texto que muchos suscribiríamos. Las instituciones financieras internacionales se enfrentan ahora, agrega, a una nueva tarea: proteger a los países de la periferia de los efectos de la crisis originada en EU. Uno de los objetivos que habría que lograr, señala, es que puedan llevar a cabo políticas anticíclicas, para lo cual propone ampliar los Derechos Especiales de Giro (DEG) del FMI, y que los países ricos prestaran, o mejor donaran, sus DEG a los países pobres. Para dotarlos de liquidez a corto plazo, sería necesario que: a) el FMI ampliara, a través de un fondo al que contribuirían los países con superávit crónico, la disponibilidad que otorgó a los países de poder girar hasta cinco veces sus cuotas anuales; y b) los bancos centrales de los países desarrollados amplíen líneas de *swaps* a los países en desarrollo, nominadas en las monedas de éstos.

11. Recapitulación y reflexiones finales

Hemos visto que el análisis de Marx de las crisis capitalistas se centra en la tendencia descendente de la tasa de ganancia y en la ley de las dos caras que establece que, ante la citada ley, el capital hará todo lo necesario para (a pesar de ella) aumentar la masa de ganancia (lo que requiere que aumente la fuerza de trabajo empleada), lo que lleva al capitalismo a buscar la máxima tasa de acumulación y a expandirse geográficamente. Vimos también que Strachey deriva lo que llama el “dilema básico del capitalismo” que hace inevitables las crisis: el dilema entre ganancias o abundancia en el cual “los salarios son al mismo tiempo demasiado bajos para causar un exceso de oferta y demasiado altos para disminuir el ritmo de acumulación”.

Vimos cómo Strachey, como muchos marxistas, juzgaron que la Gran Depresión mostraba que el capitalismo había llegado a los límites de su capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas. Este autor se volvió a equivocar cuando el aumento de los salarios reales en los países del centro en el período de auge del capitalismo en la posguerra, lo llevó a sostener que el gran error de Marx fue el de sostener que los salarios reales no podrían *nunca* aumentar por

arriba del nivel de subsistencia. Al hacerlo, dice Strachey, “cometió un error de la mismísima clase mecanicista contra la que siempre nos está advirtiendo” (*El capitalismo contemporáneo*, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 107).

Al hacer este juicio, Strachey olvidó su propia frase, citada en la sección 3 *supra*: “Los periodos de auge asociados con alza de los salarios reales son heraldos de crisis producidas por la baja en la tasa de ganancia”. Eso es lo que ocurrió en los años setenta, como lo apunta Arturo Guillén en la sección 4 de su ensayo en este mismo libro. Strachey no previó que la baja en la tasa de ganancia habría de producir no sólo una severa crisis, sino la contrarrevolución capitalista que perdura hasta nuestros días. Vimos también que la paradoja de que cuando el capitalismo cumple cabalmente su propósito genera más capital (plusvalía) que el que puede ser invertido sin disminuir la masa de ganancias, revela las contradicciones del capitalismo y su carácter histórico, transitorio.

Hemos examinado la *Teoría general* de Keynes y hemos destacado en ella la destrucción de los argumentos de la Ley de Say (la oferta crea su propia demanda), al atacar dos mitos de la teoría neoclásica: la de la tasa de interés como el precio que equilibra el ahorro y la inversión y la de los salarios como el precio que equilibra la oferta y demanda de (fuerza de) trabajo. Al derrumbarse estos dos mitos, y al ser sustituidos por: 1) la tesis de que el nivel de empleo depende de la demanda efectiva (consumo más inversión); 2) que la inversión está determinada, a corto plazo, por las expectativas de ganancias (la eficiencia marginal del capital esperada debe ser mayor que la tasa de interés); y 3) que la tasa de interés está asociada a la preferencia por la liquidez, surge con fuerza la postura keynesiana de que el pleno empleo deja de ser el único punto de equilibrio de la economía y cualquier nivel de empleo es posible, que el capitalismo no se autorregula y que la intervención estatal se vuelve indispensable.

Estudiamos el análisis que de la crisis actual llevan a cabo los neomarxistas Foster y Magdoff (seguidores de Baran y Sweezy) que

vaticinan un estancamiento prolongado de la economía norteamericana y mundial, a las que caracterizan como *capitalismo monopolista financiero*. Son marxistas por su postura radical que sostiene que el capitalismo debe ser sustituido por otro orden social más justo y menos contradictorio, pero en términos económicos sostienen que el predominio de las grandes empresas que pueden determinar sus precios de venta, invalida la teoría del valor de Marx, y sustituyen la categoría de plusvalía con la de excedente económico, por lo cual el apelativo de neomarxistas resulta adecuado. También se apoyan en el papel contradictorio de las finanzas en la economía capitalista que tiene sus raíces en Keynes y Minsky. Éste postuló desde los años ochenta la tendencia a las burbujas financieras que apilan deuda sobre deuda y que estallarán inevitablemente, así como la dependencia de la economía del prestamista en última instancia: el banco central.

A diferencia de los regulacionistas, que explican las crisis modernas por la financiarización, pero no atinan a explicar ésta, los neomarxistas la explican por la tendencia al estancamiento del capitalismo monopolista: la financiarización es un mecanismo (ahora más importante que el gasto militar) para mantener esta economía monopolista flotando, fenómeno al que llaman *abrazo simbiótico entre estancamiento y financiarización* y que he caracterizado como *keynesianismo privado espontáneo*. Su conclusión es tajante y fuerte: “No hay posibilidad que el sistema en esta etapa de su historia... pueda absorber vía la inversión productiva, el enorme excedente que ha alimentado la explosión financiera. Pero el proceso de financiarización mismo está en crisis, por lo cual el prospecto más probable es un estancamiento profundo y prolongado”. Esta fuerte conclusión los lleva a sostener: “Si la meta es avanzar las necesidades de la humanidad como un todo, el mundo tarde o temprano tendrá que acoger un sistema social alternativo al capitalismo. No hay otro camino”.

Hemos visto como Krugman analiza en el mismo sentido las burbujas financieras, como mecanismo para evitar la recesión, e

igual a la ruptura de la burbuja a un pánico bancario sólo que en este caso de lo que llama *sistema bancario sombra* que no está regulado y que llegó a ser más grande que la banca regulada. Krugman concibe que la no regulación del sistema bancario sombra es la causa de las burbujas que tienen que estallar y, por tanto, de la crisis. El estancamiento de Japón en los noventa, después del estallido de la burbuja accionaria, confirmaría la tesis neomarxista de la tendencia al estancamiento del capital monopolista financiero.

Krugman dice que lo preocupante es que en Japón se aplicaron las recetas monetarias y fiscales anticíclicas. Encontré que la declinante proporción de población activa en Japón, indicaría que el monto de la plusvalía no estaría aumentando, lo que confirmaría la validez del análisis marxista. Vimos también con Krugman la creciente importancia del llamado *riesgo moral* (traslación del riesgo o privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas) que se presenta en los esquemas financieros modernos y que despoja al capitalismo de una de sus justificaciones favoritas. Krugman sostiene que, al estallar la crisis inmobiliaria, la falta de una burbuja de reemplazo llevó a la crisis generalizada, aceptando con ello la necesidad que tiene el capitalismo de las burbujas financieras.

Por último, con Soros conocimos, además de su teoría de la reflexividad, la fuerte tesis de que los mercados financieros no tienden al equilibrio y que la presente crisis se explica porque el estallido de la burbuja inmobiliaria precipitó que se desinflara la superburbuja de la expansión del crédito que viene desde principios de los años ochenta, anunciando el fin de una era, lo cual constituye una tesis cercana a la de Foster-Magdoff, excepto que Soros, igual que Krugman, no puede explicar por qué el capitalismo necesita de las burbujas financieras.

La gran diferencia se encuentra en las propuestas. Mientras Krugman concibe la regulación del sistema bancario sombra como la salida (aunque a veces se muestra perplejo y escéptico) y Soros como parte de la solución, Foster y Magdoff piensan que la regulación llevará al capitalismo al estancamiento crónico porque per-

ciben con mucho más fuerza la necesidad de burbujas que tiene el capitalismo. Conciben el capitalismo como lo que es: un sistema social enfermo e incapaz de enfrentar las condiciones del presente.

Las perspectivas son muy negras: un sistema económico tan poderoso dará patadas de ahogado capaces de destruir el mundo. En una época en la cual hemos perdido la confianza en las revoluciones, el camino adecuado parecería apuntar hacia las reformas radicales que salven al capitalismo al costo de acabar transformándolo en otro sistema social. En ese camino se encuentran reformas como el Ingreso Ciudadano Universal, la desmercantilización de bienes y servicios, y la conversión de todas las rentas de la tierra de privadas a públicas.

MESA 3

Consecuencias económicas y sociales en México